



se

Barreras
para el
amor

Corín
Tellaudo

Lectulandia

Cristina nunca supo lo que él pensó. A decir verdad, nunca sabía lo que pensaba Marcos Soria. Solo sabía que salían juntos casi todos los días, y que él jamás se dijo que fuera su novia, que pensaba casarse con ella, o simplemente que le gustaba.

Era lo que la tenía inquietísima. Y llevaba dos meses saliendo con él, sin saber a qué atenerse.

¿Si estaba enamorada de Marcos Soria?

Lo estaba.

Lectulandia

Corín Tellado

Barreras para el amor

ePub r1.0

Titivillus 14.08.2019

Título original: *Barreras para el amor*
Corín Tellado, 1966

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Barreras para el amor

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Sobre la autora

CAPÍTULO I

—¿**Q**UE vas a hacer por la mañana?

—No lo sé.

—¿Vengo a buscarte?

—Bueno.

Siempre así. ¿En qué iba a terminar aquello?

Ella era gentil. Alta, delgada, esbelta; cabellos rojizos, muy lacios, peinados siempre con sencillez, formando una melena corta, o recogidos en un moño, o bien prendido casi infantilmente en una cola de caballo. Tenía los ojos grises, tan claros, que parecían dos gotas de agua cristalina.

En aquel instante, vestía un modelo de seda natural azul marino, con lunares blancos, muy descotado, sin mangas, prendido en la breve cintura por un cinturón del mismo género, muy estrecho. Calzaba altos zapatos combinados, blancos y azules, y un bolso de reducido tamaño, totalmente blanco.

La mansión de los Yáñez se alzaba allí mismo, al final de la ancha calle bordeada de tilos. Un ancho portón verde, y tras él, un sendero enarenado, marcado con altos setos, dejando ver a ambos lados el jardín, el parque, la pista de tenis, y al fondo la reluciente piscina, diseñando como un enorme pez dentro de su concha, con un alto trampolín, y en medio de aquel parque, la inmensidad de la gran casona que fue siempre cuna de los Yáñez.

Había un lujoso automóvil «Dodge Dart» detenido ante la escalinata. Un criado y una doncella depositaban en la maleta de aquel un equipaje.

Cristina Yáñez se asió a los hierros de la verja. Lanzó una breve mirada hacia el interior y sonrió con cierta timidez.

Marcos Soria siguió la trayectoria de sus ojos.

—¿Quién se va de tu casa?

—Mis padres.

—¡Ah!

Y después, tras un titubeo.

—¿Tú... no vas con ellos?

—Se trata de un breve viaje de negocios a París. Me quedo con la abuela Magui. Ya sabes que abuela Magui, para mí, es como un ídolo.

—Pero tus padres...

Ella sonrió.

Tenía una divina sonrisa. Enseñaba unos dientes nítidos. Se le formaban en las mejillas dos hoyuelos. Y los ojos, de un gris sorprendente, se alargaban, haciendo más rasgado su dibujo.

—Son jóvenes aún —dijo con cálido acento—. Tienen derecho a divertirse. Salen de viaje muy pocas veces. Papá, por su calidad de notario, apenas si tiene ocasión a moverse de la ciudad, y mamá jamás viaja sin él. Esta vez, papá aprovechará para tomarse unas vacaciones, a la par que soluciona cierto asunto que tiene pendiente en París.

Marcos Soria, médico de profesión, alto, delgado, de elegante porte, volvió a preguntar.

—Entonces, ¿vengo a buscarte mañana?

—Bueno.

—Después de cerrar la consulta. ¿A las siete y media te parece bien?

—Te esperaré.

—No quisiera estropear tu plan con los amigos...

Marcos añadió amablemente.

—Podemos decirles a Olga y Samuel que salgan con nosotros...

Ella no quería salir con nadie cuando lo hacía con él. ¿Por qué aquel empeño de hacerlo todo fácil?

¿Qué pretendía Marcos de ella?

Todo empezó dos meses antes.

Las amigas le dijeron una tarde.

«¿No sabes? Hay una vacante en el sanatorio de Santa Bárbara. Dicen que llega un médico nuevo, de Madrid concretamente, dispuesto a hacerse cargo de la dirección».

Ella nunca pensó que aquello resultara después una pesadilla.

Días después, Felipe Apilánez, su eterno enamorado, le presentó a Marcos. «Mira, Cris, este es el nuevo director en el Sanatorio Santa Bárbara. Piensa quedarse con nosotros una temporada».

Ella alargó la mano y Marcos se la oprimió.

En la forma de hacerlo, ella se sintió turbada. Siempre se sentía turbada junto a él.

Al día siguiente lo encontró en plena calle, ya anochecido.

Él preguntó galante.

«¿Sola y de paseo?».

«Voy hacia el club. Me espera allí la pandilla».

Él dijo.

«Si me lo permites, te acompaño».

Hablaron durante el trayecto. De naderías. Él, de su vida de Madrid, ella de sus estudios en Suiza, de su arribo al hogar, de su reciente viaje a Londres con sus padres.

Al final, cuando llegaron al club, se reunieron con la pandilla, pero ella ya no se divirtió. Sintió en todo momento, la sensación de que era observada.

Observada por él, por supuesto. Era un hombre interesante, nada vulgar, por supuesto. Hombre de continente grave, con los años bien empleados, pensaba ella, de vuelta de todo. Contaría a lo sumo treinta y un años, y sus ojos verdosos, dejaban traslucir en el fondo de las pupilas, como un cargamento de experiencias bien aprovechadas.

La sacó a bailar. A decir verdad, aquella tarde bailó con todas.

Con ella, más. Al tomarla por la cintura, ella volvió a sentir aquella turbación, aquel raro enervamiento.

«Es que soy muy joven, pensó, y todo me impresiona».

No le dio mayor importancia al asunto, pero tres días después lo encontró en la playa. Ella estaba tomando el sol junto a su caseta de colorines. Olga acababa de irse al agua.

Ella y Olga eran inseparables. Estuvieron internas juntas en Suiza, y más tarde pasaron las vacaciones en residencias inglesas y francesas, con el fin de perfeccionar los idiomas. Al regresar definitivamente, la amistad fraternal se acentuó. Y era como si, una vez en la vida vulgar, ambas estuvieran aisladas de todas las demás, porque ellas se consideraban diferentes, con ser aparentemente iguales.

Aquella mañana, Marcos Soria se detuvo ante ella...

* * *

Vestía un pantalón de tergal azul. Parecía de dril, pero el brillo especial de aquel azul, indicaba que era un género superior. Calzaba zapatos blancos de piel, y una camisa blanca de cuello *sport*, abierta por ambos lados y por fuera del pantalón. Llevaba al brazo la toalla enrollada.

—¿Puedo quedarme a tu lado, Cristina?

Todos la llamaban Cris. Hasta Olga y sus padres, y su abuela. El no. Era distinto a todos, para ella, hasta para eso.

—Puedes.

Se dejó caer a su lado.

Al rato apareció Olga por el acantilado.

—No tenéis muy buena playa —dijo él, al tiempo de ofrecerle un cigarrillo.

Cristina tenía solo dieciocho años, pero fumaba mucho. Andando el tiempo, él le diría alguna vez: «Fumas demasiado».

Y ella fumaría más.

No podía resistir aquella tirantez de sus nervios.

En aquel instante, Marcos se limitó a darle fuego.

Cristina nunca supo lo que él pensó. A decir verdad, nunca sabía lo que pensaba Marcos Soria. Solo sabía que salían juntos casi todos los días, y que él jamás se dijo que fuera su novia, que pensaba casarse con ella, o simplemente que le gustaba.

Era lo que la tenía inquietísima. Y llevaba dos meses saliendo con él, sin saber a qué atenerse.

¿Si estaba enamorada de Marcos Soria?

Lo estaba.

Olga regresó, pero después de ponerse los *short* rojos y el suéter blanco, muy descotado, dijo que se iba a la terraza del Club Náutico a tomar el vermut.

«Samuel me espera».

Samuel era su medio novio. Siempre andaban juntos, unas veces peleados y otras amigos, pero para Olga no había más hombre que aquel estudiante de último curso de ingeniero, que suspendía alguna asignatura cada año, quizá con el fin de pasarlo bomba en Madrid.

—¿Son novios? —preguntó él.

Cristina se alzó de hombros.

—Algo así. Es indudable que están enamorados uno del otro, pero se pelean mucho, porque Samuel es mal estudiante.

—Es joven...

Cristina sonrió.

—Ya tiene veintinueve años. Bien podía terminar. Hizo una carrera brillante hasta llegar al último año. Se diría que no quiere salir de Madrid. Lleva más de tres años suspendiendo asignaturas.

Marcos rio.

—Los hombres —comentó Cris— siempre os defendéis unos a otros.

—No es eso.

—¿Entonces, por qué te ríes?

—No sé. Quizá me recuerde a mí mismo. No hay nada más interesante que la vida estudiantil. Cuando uno va a terminar... siente dejarla —miró a lo lejos—. Yo era feliz. No tenía responsabilidades. Mis padres me enviaban dinero, y de vez en cuando llegaba una carta de mi padre, regañando, pero yo seguía aferrado a mi amor por la fonda y los amigos...

—¿Tienes familia lejos? —preguntó ella amablemente.

—Mi padre, juez en una ciudad importante, y mi madre le quiere mucho. Soy el segundo de los hijos. En total somos seis hermanos varones. El primogénito es diplomático y está destinado en Nueva York. El segundo soy yo. El tercero, Pedro, es abogado, haciendo oposiciones a notaría. El cuarto es Julio y terminó hace unos días la carrera de aparejador. Creo que seguirá arquitecto, según me manifiesta en su última carta. Daniel es el quinto y terminó médico cuando yo, pese a que tiene ahora apenas veintidós años. Hizo una carrera brillante, pero yo no estoy conforme con su brillantez. El sexto estudia también para abogado.

—No tenéis hermanas.

Lo dijo sin preguntar.

—Solo varones. Mis padres siempre suspiraron por una niña, pero jamás nació...

Después se fueron los dos al agua y nadaron, riéndose, hasta bien entrada la mañana.

CAPÍTULO II

SE encontraron en una *boîte*.

Ella estaba con Olga.

Esta le dio disimuladamente en el codo.

—Ahí tienes al médico.

—Ah.

—Y te pones colorada —rio Olga divertida.

—Calla.

—¿Te interesa?

—Que no te oiga.

—¿Pero te interesa de veras? ¿Sabes que pienso? Todas las chicas de la ciudad andan locas por cazar novio, y resulta que llegamos tú y yo como dos parvulitas, con los ojos ciegos, y nos echamos de novios a los mejores mozos de la ciudad.

—No soy su novia ni mucho menos —se sofocó ella.

Olga rio.

Tenía una forma de reír que crispaba los nervios. Era provocadora y burlona. Ella ya la conocía y sabía que bajo aquella risa, se ocultaban los mejores sentimientos del mundo.

—Ten cuidado —dijo sin dejar de reír—. Es un mozo con espolón.

—No me inquieta.

—¿Estás segura?

Tuvo que hurtarle los ojos.

Claro que la turbaba. Desde el primer momento la turbó.

¡Tenía un no sé qué! Algo distinto. La forma de mirar, de ladear la cabeza para saludar, aquella modulación lenta, para decir cualquier cosa, y la experiencia de sus verdosos ojos, dentro del rostro moreno y bajo el marco de sus negros cabellos tan lisos, peinados siempre hacia atrás, sin goma ni agua.

—Ya se acerca —dijo Olga riendo de nuevo.

—Me cripa tu risa —protestó Cristina entre dientes—. Me revienta, en una palabra.

—¡Qué frasecita más poco académica! —se burló su amiga.

Marcos ya estaba allí.

Galante, atento, solícito con ambas, con esa solicitud del hombre de mundo, que nunca se sabe a quien demuestra preferencia.

—¿Puedo acompañaros?

Fue Olga la que dijo rápidamente.

—Claro que sí. Samuel, por lo visto, se olvidó de mí esta tarde. No hay cosa peor que un hombre seguro del amor de una mujer.

—Y Samuel lo está.

—Imagínate. Desde que éramos así —y puso la mano a la altura de la rodilla— ya tonteábamos. La única vez que Samuel se me declaró, tenía él quince años. Yo era una ratita que acababa de hacer la primera comunión —rio simpáticamente. Era rubia, bonita, de una gran distinción. Contaba solo dieciocho años, como Cristina—. Me emocioné mucho y no se lo dije a nadie. Cuando me llevaron al colegio y regresé tres años después con mis primeras vacaciones, Samuel ya era un mozalbete. Estudiaba el preu. No volvió a decirme si quería ser su novia, pero de hecho lo fui, porque no me dejó ni a sol ni a sombra. Mi padre me castigaba todos los días, y creo que el padre de Samuel, que, dicho sea en verdad, era muy amigo del mío y sigue siéndolo, también le castigaba. Pero nosotros, a escondidas, seguíamos viéndonos. No regañábamos tanto como ahora. Yo pienso a veces que Samuel está cansado de mí.

—No creo posible que de ti se pueda cansar ningún hombre —dijo galante.

Olga lo miró con suavidad.

—Eres de una galantería magnífica —y dando un salto—. ¡Oh, ahí llega mi sinvergüenza! —se puso en pie—. Me voy con él. Perdona, Cris. Te dejo en buena compañía. Esta tarde —les guiñó un ojo— pienso reñir con Samuel. Verás cómo le duele que salga con otros.

—Siempre dices igual —apuntó Cris sardónica—, pero jamás lo has hecho.

—Es que no tenía la experiencia que tengo hoy —se inclinó hacia ellos—. ¿Sabéis con quién voy a darle dolores de cabeza? Con León Tuero. Lo tengo haciendo números por mí, desde la noche que nos presentaron en sociedad. ¿Recuerdas, Cris? Fue la noche más feliz de mi vida.

Samuel ya estaba allí. Traía el rostro compungido, de hipócrita mentiroso. Saludó a Cris, palmeó el hombro de Marcos y luego se volvió hacia una Olga muy seria.

—Cariño, tuvo la culpa el pelmazo de Víctor Alba. Te aseguro que yo estaba contando los minutos, pero... pero...

—Ya me contarás eso. ¿Vamos?

Samuel trató de asirla por el brazo, pero Olga se desprendió con breve energía.

—Vamos —apremió—. Vamos. No creo que sea correcto discutir nuestras cosas delante de estos.

—Te aseguro, amor mío...

—Mal asunto cuando tú me llamas amor mío. Vamos, cariño.

Y con una mirada asesina, lanzada sobre el burlón Samuel, se alejaron ambos, no sin que antes Samuel guiñara un ojo a la pareja.

* * *

—Se quieren —dijo Marcos cuando los vio desaparecer.

—Sí, mucho.

Y después de una pausa.

—Siempre están regañando, pero yo creo que es la pareja que, en el fondo, más se quiere de cuantas conozco.

—¿Tú no tienes novio?

—No.

—Es raro.

—¿Por qué?

—Eres muy bonita.

Era hora de que se lo dijera. Pero no había que hacerse ilusiones. Marcos era la galantería personificada, y de igual modo sin duda, hubiera dicho a otra las mismas palabras.

Ella creyó que iba a seguir hablando de amor, pero se equivocó. Empezó a hablar de música y literatura.

Era un hombre culto. Ameno. A su lado, nadie se aburría. Cuando Cris quiso darse cuenta, había pasado la tarde con él.

Fue la primera vez que la acompañó a casa.

Desde ese día, sin decirse nada, se encontraba en todas partes. Casi siempre la acompañaba a su retorno al hogar, y más tarde igual la llamaba por teléfono con el pretexto de un libro que le pedía, o cualquier futilidad.

—Se me olvidó pedirte tal libro.

—No lo tengo.

—Si te gusta leer.

—Sí.
—¿Entonces?
—Ese no lo tengo.
—¿Qué estás haciendo ahora?
—Voy a acostarme.
—¿No... te acostaste aún?
—No.
—¿Piensas?
—¿Pensar?
—Sí, eso digo.
—¿En qué?
—En cosas.
—¿Qué cosas?
—Todas las que te ocurren durante el día. ¿O es que nunca piensas?
—Pienso.
—¿En nada determinado?
—En nada —mentía.
—Oh.
Otras veces preguntaba de una forma rara.
—¿Qué te decía hoy Felipe Apiláñez?
—¿Felipe? ¿Qué podía decirme Felipe?
—No sé. Tengo curiosidad.
—Nada.
—¿No está enamorado de ti ese chico?
—No sé —mentía de nuevo.
—Está enamorado de ti —afirmaba Marcos quedamente.
—Puede que sí.
—¿Tú... no?
—No.
—¿No te aburre quedar sola con tu abuela? —preguntó él amable.
—Abuela Magui es encantadora. Me entiende. Comprende lo que yo digo, que es para mí muy importante.
—¿Por qué es importante?
—Porque eso demuestra que una persona te quiere y te analiza y te ayuda silenciosamente.
—Y eso es indispensable para ti.
—Mucho.
—Yo también te comprendo.

Ella le hurtó los ojos.

Tenía los dedos en el barrote y lo sobaba con insistencia, como si no pudiera o no supiera hacer cosa mejor.

Marcos dejó resbalar sus dedos hasta el barrote de hierro. No supo cómo, sus dedos ocultaron la mano de Cris.

Con voz que parecía lejana, volvió a preguntar.

—¿Mañana?

—Sí.

Parecían dos seres indecisos.

¿Por qué tenía que tocar sus dedos? ¿Apretarlos de aquella manera? ¿Sobarlos, incluso?

Ella pensó quitar los suyos. Doblarlos en el costado. Pero no lo hizo. Se diría que ni él ni ella se daban cuenta de que tenían los dedos unos sobre otros.

—¿A las siete? —preguntó él con acento ronco.

—Bueno.

—¿Aquí?

—Si tengo ocupación en el sanatorio, te llamo por teléfono para advertirte.

—Bueno.

—Si puedo estaré aquí puntual. Podemos ir a un merendero de las afueras, con Samuel y Olga.

—Esos prefieren estar solos hasta para pelear.

—Entonces... ¿solos?

—Bueno.

A través de la oscuridad, él miró hacia el fondo del parque.

—Me parece que tus padres están esperando para despedirse de ti...

Ella se sobresaltó.

—¡Oh, sí, claro! —y presurosa, añadió, girando en redondo—. Adiós. Hasta mañana a las siete.

CAPÍTULO III

HABLA, Cris, habla. No me hagas sufrir con sus silencios. Siempre me lo cuentas todo. ¿Qué pesadilla te aflige ahora?

Se hallaban ambas en el saloncito, frente al televisor. Cris, vistiendo *short* de un tono verdoso, con un suéter muy descotado y sin mangas, descalza, con las piernas un poco en alto, apoyadas en el brazo del diván.

Su abuela frente a ella, con una labor de punto entre los dedos y el gato de angora en el ancho regazo.

Cris tenía deseos de hablar, ¡claro que sí! ¿A quién contárselo todo, mejor que a su abuela Magui?

Sus padres tenían mucho en qué pensar. Hacían una intensa vida de sociedad, obligada muchas veces por la profesión de su padre. Además, eran muy jóvenes —su madre cuarenta y dos años, su padre cuarenta y siete— y seguían amándose como el primer día que se casaron, siendo ambos muy jóvenes, y no creían que su hija pudiera tener problemas sentimentales. La seguían considerando una niña.

Abuela Magui, no. Abuela Magui sabía que ella pensaba y sufría, y estaba pasando por un momento crucial en su joven vida sentimental.

—Será mejor que bajes el volumen del televisor y me cuentes...

Cris lo deseaba.

Se tiró al suelo, bajó totalmente el volumen y volvió a su postura indolente y abandonada.

—Abuela Magui —preguntó con voz temblona—. ¿Qué es el amor?

—Te diré lo que leí una vez en un libro de San Agustín: «Ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor. Si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Como esté dentro de ti la raíz del amor, ninguna otra cosa, sino el bien, podrá salir de tal raíz».

—No te pido una opinión de San Agustín, abuela Magui. Te pido tu propia opinión.

—¿El... médico?

Cristina suspiró.

—¿Qué espera de mí? ¿Qué quiere de mí?

—Hijita, si eso no lo sabes tú, ¿cómo quieres que lo sepa yo?

—Tú lo sabes todo. Abuela Magui —susurró la joven, saltando del diván y yendo a sentarse en un cojín a los pies de la anciana—. Tienes una experiencia de la vida y cuanto la compendia. ¿Por qué ese hombre sale conmigo y no me dice nunca nada referente a nosotros dos?

—¿De qué habláis?

—No sé. Un montón de horas juntos, y hablamos de todo menos de nosotros mismos.

—Es un poco raro.

—¿Quién? ¿Él?

—No. Lo que os pasa. No me parece un cínico ni un sádico, ni un hombre que le agrade enamorar a las chicas para dejarlas luego. Quizá para él, una declaración es un tópico vulgar que soslaya o rehúye.

—Yo soy joven. Nunca tuve novio. Él tiene que tener la experiencia suficiente...

—Y la tiene sin duda —cortó la dama.

—Para darse cuenta —siguió Cris, haciendo caso omiso de la opinión manifestada en alta voz— de que yo nunca salí con chicos y mi experiencia sobre el particular es nula.

—¿Y no será que te considera muy joven?

—Muy joven, ¿para qué, abuela Magui?

—Para asustarte con una fogosa declaración de amor.

—¿Es mi novio? Eso es lo que me pregunto. Y lo que me inquieta. ¿Qué espera de mí? ¿Por qué sale conmigo? ¿Tiene novia en otro lugar? ¿Solo soy para él un entretenimiento?

—Cris, mírame a los ojos. Así... Eres una chiquita apasionada, pero sabiendo controlar tus pasiones. Te voy a hacer una pregunta. Dime, ¿si supieras que solo salía contigo por entretenerse, dejarías de salir con él? ¿No hay en ti la secreta esperanza, la muy legítima esperanza de toda mujer, de conquistar al hombre?

—Abuela Magui...

—¿No? Sé sincera conmigo. Siempre lo has sido. El hombre sensato no se precipita. Cris. Siempre tiene miedo a comprometerse y que luego le pese. Tú eres casi una niña, pero él, a tu lado, es un hombre completo. Un hombre que ha vivido, que conoce al género humano.

—¿Y voy a estar toda la vida esperando?

—Una vez leí un lema anónimo. Decía así: «El hombre persigue a la mujer hasta que ella le caza».

—No me persigue, abuela Magui. Salimos juntos. Yo no voy a su caza. Yo...

—No es preciso que lo digas. Tú estás enamorada de él.

—Abuela Magui —protestó cohibida.

—Te ruego que tengas un poco de calma, y si ves que su compañía hiere tus sentimientos, déjalo. Distánciate. Hazle comprender que no te agrada su compañía.

—No puedo.

—¿Lo ves? Como tengo muy poco que hacer, debido varias horas del día a la lectura —rio con tibieza, sin dejar de acariciar la cabeza que se apoyaba junto al gato de angora—. No hace muchos días, leí algo de Barriere: «El hombre no gana el corazón de la mujer por sus propios sacrificios, sino por los que ella misma le ofrece». ¿Te das cuenta? No podemos saber lo que piensa Marcos Soria, pero sí sabemos, que cuando sale contigo a todas horas, es por una causa. ¿Qué causa puede ser esa? ¿El interés personal? Espera. Todos los hombres sensatos, ya te lo dije, no se deciden de súbito. Lo meditan, lo desmenuzan, y luego, cuando se dan cuenta, están interesados en el amor, como el amor mismo, como la mujer lo siente y lo despierta.

—Me aconsejas...

—No, no —cortó con ternura—. Yo no doy consejos de esa índole. Ahí está Felipe Apilánez. Está enamorado de ti. Conocemos a su familia desde siempre. Sabemos que será un marido magnífico para ti. Seguro, moral, honrado y luchador como sus padres. ¿Te das cuenta? Yo creo que a tus mismos padres tienes preocupados, aunque nada digan. Para ellos hubiera sido el cese de un problema, si te comprometieras con Felipe.

—Pero yo tengo derecho...

—Y ellos lo saben. De tal modo lo saben, que no se inmiscuyen en eso, por la razón que te indiqué. Ante todo prefieren tu felicidad, y esta está en ti, no en lo que ellos decidan.

—¿Qué dicen de mis salidas?

—Nada concreto, querida. Les preocupa tan solo. Y no porque ellos lo digan. Es que yo lo veo a través de las miradas que se cruzan cuando te ven detenida ahí, en la cancela, con ese hombre.

—Abuela Magui —susurró—. Abuela Magui...

—Que.

—¿Qué dices tú de él? ¿Qué piensas? ¿Qué opinas?

—No le conozco, querida mía. ¿Cómo me pides que opine de algo que desconozco?

—Sí —admitió con desaliento—. Sí, es verdad.

—Vete a la cama. O mejor aún, vayamos las dos. Yo creo que, en tu lugar, me dejaría ir...

—¿Ir? ¿Hasta cuándo? ¿Voy a estar toda la vida paseando con un hombre, sin saber lo que este siente junto a mí?

—Eso es lo que yo no te puedo decir. Eres muy sensible. Muy bonita. Muy bien educada... Tienes que enamorar a la fuerza. Si ese hombre no te ama, es que no tiene corazón...

—Abuela Magui...

—No. No más hurgar en la herida, cuya profundidad empieza a preocuparme. Hazme el favor de irte a la cama y dormir mucho, y olvidarte de ese muchacho.

—Sí, abuela Magui.

* * *

La asió del brazo un segundo, para cruzar la calle.

Ella se soltó en seguida. Marcos, si se percató de su ademán, no lo demostró. No volvió a asirla.

—Mañana es domingo y tu pandilla está organizando una excursión por la montaña —dijo él de pronto.

—Nuestra pandilla —sonrió Cris—. Porque es tanto tuya como mía.

—Yo... un agregado.

—Que formas parte de ella.

—Por supuesto —y sin transición, como no deseando levantar una polémica de algo que carecía de importancia—. ¿Iremos?

¿La asociaba a él?

No lo miró.

Caminaban despacio.

—Supongo que sí. Esas excursiones siempre son divertidas.

—Creo que llevaremos todo lo necesario para hacer una paella en el campo. Las truchas tendremos que pescarlas nosotros.

—Ya sé.

—¿Lo hacéis muchas veces?

—Todos los años, y dos veces durante este mes de junio.

Cruzaban ante una *boîte*.

—¿Entramos? —preguntó él sin responder.
—No estoy vestida para eso.
—Estás guapísima.
—Pero no correcta para un baile a estas horas.
—A mí me parece que estás estupendamente.
Ella titubeó aún.
De súbito dijo.
—Prefiero pasear.
—Sigamos, pues.
—¿Qué hiciste durante la mañana?
—No salí de casa. Me bañé en la piscina. Estuve esperando por Olga, pero a las doce me llamó advirtiéndome que se iba a la playa con Samuel.
—Esos lo pasan bien.
—Se pelean mucho.
—La reconciliación viene después, y suele ser deliciosa.
Llegaban junto a un banco, al lado del estanque.
—¿Nos sentamos? —dijo él.
Cristina se dejó caer en el banco, sin responder. Pero al rato, cuando él estuvo sentado a su lado, murmuró.
—Tendrás experiencia.
—¿Experiencia?
—Con respecto a las reconciliaciones.
—Ah —rio de aquel modo en él peculiar, mezcla de sarcasmo e indiferencia—. No mucha. Nunca tuve novia...
—No eres enamorado.
—No.
—¿Te enamoraste alguna vez?
—De ti, únicamente.
Ella se estremeció.

CAPÍTULO IV

PASÓ un brazo en torno a la espalda de ella, extendiéndolo a través del respaldo de madera.

Lo hizo con la misma naturalidad que momentos antes le dijo que estaba enamorado de ella.

Pero no habló de amor.

—Nunca estuve en un lugar que me agradara tanto.

—¿Recorriste muchos?

—Cientos de ellos. No soy hombre que se detenga mucho en un mismo lugar. Recorrí varios hospitales, recopilando experiencia. Hasta estuve interno en un hospital holandés, y otro noruego, y el último neoyorquino. Por eso me nombraron director de este sanatorio —rio desdeñoso—. Un médico joven, con tal de recorrer varios hospitales extranjeros, tiene la carrera hecha.

—Y consideras que es un error.

—No tanto. Una estupidez por parte de los superiores, sí. Un médico puede pasarse la vida recorriendo hospitales extranjeros, sin recopilar ni un átomo de experiencia. Si se es bueno, se es aquí y en el fin del mundo. Si se es malo, se es aquí y en todo el extranjero.

—¿Y... tú...?

Se alzó de hombros.

Sus dedos, al hablar, bajaban como al descuido hacia la garganta femenina. Ya la tocaban.

Ella se mantuvo tensa.

No sabía que hacer. Si separarse o quedarse así. Tenía vergüenza hacer una de las dos cosas, es decir, las dos, porque no deseaba pasar por una mojigata ni que él creyera que era una fresca, que admitía las caricias de los hombres.

Marcos murmuró, sin dejar de tocarla en la garganta con la delicadeza de sus dedos.

—Yo... como todos. Ni mejor ni peor. Amo mi profesión, y eso creo que es importante para el éxito. Pero no espero llegar a pasar a la posteridad.

—Es a lo que aspira una persona que puede y vale.

—Otra injusticia —rio—. No siempre pasan los que pueden y valen. Pasan los que tienen la suerte de pasar —hizo una pausa y se alzó nuevamente de hombros. Los dedos casi bajaban hasta el hombro femenino y volvían a subir con la misma energía o lentitud—. Yo no creo que pasar a la posteridad sea tan importante. Mi profesión se centra en hacer el bien a los que me necesitan. Ni tengo ambición por el dinero, ni por la fama. Creo que en este sanatorio me necesitan, y estoy aquí eso es todo.

—Para.

—¿Dije... algo desagradable?

Pero sus dedos seguían acariciándole la garganta.

Ella no podía más.

Se puso en pie precipitadamente.

—¿Qué te pasa? ¿No estábamos a gusto aquí?

Cris miró en torno. Tenía sofoco en las mejillas y un temblor convulso en las piernas.

—Siéntate otra vez, mujer. ¿Qué prisa tenemos? Tú no te retiras hasta las diez, y yo no tengo prisa hasta las doce que me reintegro a mi pabellón del hospital.

—Podemos... podemos pasear.

—Hace una tarde apacible y aquí se está muy bien —insistió—. No deseas ir a una sala de fiestas... ni al cine.

—Hace mucho calor.

—En el cine, sí; aquí no.

No quería darse por aludido. ¿Es que para él, acariciar a las chicas era cosa normal?

Tenía que decirle que no la tocara. Sí, sí, tenía que decírselo. Pero no se atrevía.

Se mordió los labios.

Volvió a sentarse.

Él lo hizo a su lado. Más cerca. Bastante más cerca. Nadie al verlo hacer aquellas cosas, lo hubiera considerado aprovechado. En Marcos Soria todo era natural. Y lo era, aunque el que lo observara pensara lo contrario.

Volvió a pasar el brazo por el respaldo. Parecía una postura cómoda, pero ella solo la consideró un tanto aprovechada.

—Me gusta contemplar la tarde cuando va a declinar el sol —comentó Marcos, contemplando el parque casi solitario y el firmamento totalmente azul—. Da una sensación de ingravidez, ¿no te parece? Como si uno quisiera

ser sol y poder ocultarse o bucear por otros lugares para nosotros desconocidos.

—Es agradable.

—¿Buscar otros lugares?

—Ver cómo se mete el sol.

Los dedos masculinos volvían a posarse en su garganta.

—No.

La miró desconcertado.

—¿No, qué?

—No... no... —costaba decirlo, pero tenía que hacerlo—. No me... no me toques.

Fue como un arranque contenido durante minutos, que a ella le parecieron interminables.

Marcos retiró la mano con presteza.

Empezó a reír suavemente.

—Perdona. Ni... ni siquiera me había percatado.

Así no.

Ella no podía soportarlo así. O él era incomprensible, o ella demasiado ingenua.

—Uno te ve, y sin darse cuenta desea tocarte —dijo con naturalidad, fingida o verdadera—. No sé qué entra en uno. Perdona, ¿eh? No volverá a ocurrir.

Siguió hablando de la luna y las estrellas y todo el panorama crepuscular, pero sus dedos, como deslizándose o resbalando, fueron al fin a presionar los dedos femeninos.

Marcos Soria, como si nada hiciera, aplastó la mano femenina en la suya. La contempló un segundo.

—Mira —rió suavemente, alzando la mano de Cris—. ¿Quieres que lea en la palma de tu mano?

No, no quería. Ni deseaba continuar con ella entre las suyas. Lo que deseaba era que él no fuera así... como era. De repente le parecía otro hombre. Como un novio que está deseando estar junto a su novia para tocarla y acariciarla.

Trató de rescatar sus dedos.

Él se los retuvo.

—Deja —susurró él bajo—. ¿No quieres?

«Estoy pareciendo tonta. Tonta de remate —susurró para sí. Él, que estará tan habituado a tratar mujeres de experiencia, yo le pareceré una pavita».

Y por temor a eso, dejó de intentar rescatar su mano.

—Mira, esta es la raya del corazón. Eres apasionada, Cristina.

—Yo...

—Y sensible.

—Siempre... siempre... lo dice mi abuela.

—Un día me gustará conocer a tu abuela —y como si no hiciera interrupción alguna, añadió—. Serás feliz.

—Lo... lo... —le temblaba la boca— lo dice mi mano.

—Lo dice. Mira esta rayita que va junto a los dos dedos. ¿La ves? —casi juntó su cabeza a la de Cristina para mostrarle la raya—. ¿La ves bien?

—Sí —musitó ella con un hilo de voz.

Él debió notar algo en aquel acento. Buscó sus ojos. Los tenía cerquísima de los suyos, debido a la postura.

—¿Te ocurre algo? —preguntó bajo—. ¿No quieres que siga leyendo en tu mano?

Se hacía tarde.

Rescató sus dedos. Se puso en pie. Marcos la imitó.

—¿Qué pasa? ¿No quieres que siga leyendo en tu mano?

—No... no... —y nerviosamente consultó el reloj—. Se hace tarde. Mi abuela estará esperándome.

—Vamos, pues.

Le molestó aquella conformidad. Estuvo a punto de hacer estallar su natural impulso.

Pero no.

Se mordió los labios y siguió caminando. Él, a su lado, intentó tomarla del brazo.

—Deja.

—Está oscuro y vas a tropezar.

—No... no... Sé... este camino. Lo recorrí muchas veces.

—¿Estás enfadada conmigo?

Estaba enfadada con ella misma. Pero por nada del mundo quería dar tal sensación.

Apresuró el paso. Marcos tuvo que alcanzarla. Al hacerlo la asió del brazo.

—No estoy enfadada contigo. Pero suelta —y bajísimo, temblándole la voz—. Suelta, te digo.

—Si serás tonta.

—¿Soy yo la tonta o tú demasiado listo?

La soltó rápidamente.

Se puso serio, casi grave. ¿Estaba jugando con su ingenuidad, o era realmente así?

—No te entiendo, Cristina.

—Perdona. Disculpa mi exabrupto.

—Trato de comprenderte —dijo Marcos secamente— y no soy capaz. Unas veces estás encantadoramente clara, y otras...

Ella le cortó.

Estaba irritada.

—¿Y tú? ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—No sé. Pero yo me pregunto si no me pasa igual contigo. Unas veces te comprendo, y otras no soy capaz.

—Pues soy claro.

—No te entiendo yo.

—Soy así. Como soy.

—¿Y cómo eres?

Se puso aún más serio.

Cristina Yáñez se preguntó si estaba haciendo su papel o era así realmente. Pero no. Tenía años suficientes y experiencia bastante para darse cuenta de que una chica de dieciocho años, no puede permitir que un hombre que jamás le habló de amor, se tome ciertas libertades.

—Soy como soy, Cristina, y me molesta que trates de ver en mí lo que no existe. Me molesta en extremo. Siempre me molestó.

—Disculpa si es así.

—¿Quieres que lo dejemos?

—¿Dejar? ¿Qué? ¿Qué es lo que tenemos que dejar?

—Nuestra amistad —dijo él gravemente.

Para él, por lo visto, seguía siendo amistad. ¿Amistad, y le acariciaba la garganta?

¿Qué clase de chica pensaba él que era ella?

—Estamos llegando.

Ya tenía los dedos prendidos en la verja. Marcos Soria seguía serio. Muy serio. Como ella nunca lo vio.

Dijo únicamente.

—Supongo que mañana nos veremos en la excursión.

Pensó no ir. Pero... ¿darle pie para que creyera que él le interesaba?

—Iré. Nos veremos allí, por supuesto. Hasta mañana.

CAPÍTULO V

A veces, Olga, cuando tenía algo trascendente que contarle a su íntima amiga, se iba a dormir con ella. Las familias eran demasiado amigas para poner impedimento a algo tan simple entre dos chiquillas que crecieron y se educaron juntas.

Aquella noche, cuando llegó a casa, se encontró con Olga en el vestíbulo.

—Tú...

—Vengo a pasar la noche contigo. Como tienes dos camas en tu cuarto...

Cristina estaba muy inquieta, pero aún así, tuvo que reír.

—Sabrás que mi madre, cuando decoró mi habitación, me dijo: «Como supongo que no podrás pasar sin la compañía de Olga, pondré dos camas en tu cuarto para que venga a pasar la noche contigo cuando ambas lo deseéis».

—Tu madre es un cielo —bajó la voz—. Hemos regañado.

—¿Otra vez? Pero ¿por qué?

—Por lo de siempre. No quiere más que estar besando.

—¡Olga!

—Bueno, no pongas esa cara de tonta. Nos vamos a casar, ¿no? Espero que ese fresco termine el año próximo, e inmediatamente será la boda. ¿Sabes tú cuántos años llevamos de novios?

—Doce.

—Eso es. Estoy harta de que me plante por cualquier cosa, luego venga a hacerme una escena de arrepentimiento —levantó las manos al cielo—. Puaff, los hombres. No sé cómo las mujeres los aguantamos.

—Anda, loca.

—¿Y tú? ¿Qué hace ese otro fresco?

—Silencio. Oigo el bastón de la abuela.

—¿Hay novedad?

—Nada concreto.

—Pero algo...

—Sí. Cállate. Cuando subamos a nuestro cuarto, después de comer, te lo cuento todo. Tú también tendrás que contarme lo tuyo.

Olga bajó la voz.

El bastón de abuela Magui se oía cerca. Se dirigía al comedor tal vez, pues, era la hora de comer, y la anciana dama era muy puntual.

—Somos dos tontas, ¿no crees? Enamoradas de dos frescos.

—El tuyo aún... es tu novio.

La abuela ya estaba allí.

—Hola, niñas. Ya me llamó tu madre diciéndome que venías a comer y a dormir aquí. ¿Has peleado con tu novio otra vez?

—Hum...

—Los amores reñidos, son los más queridos —recitó la anciana, y sin transición, sin esperar respuesta—. Pasemos al comedor.

Olga, como siempre, pese a todas sus preocupaciones, a la hora de comer, habló por los codos. Contó chistes correctos, pues ella era incapaz de una incorrección, y después se mofó de sí misma, de Samuel y de todos los hombres del mundo y de todas las mujeres.

—Pero estás muy enamorada —dijo la abuela, cuando regresaron al saloncito después de comer.

—Mucho. De eso se valen los tunantes.

—¿Qué dice tu futura suegra a eso?

—Como no tiene más hijo que Samuelito, se lo disculpa todo. Yo fui a merendar con ella esta tarde, y le dije que si su hijito del alma seguía así, lo plantaba.

—A lo que Margarita se habrá reído.

—Pues no, abuela Magui. No se ha reído. Dijo que era una broma mía.

La dama se echó a reír divertida.

—¿Lo ves? No se ha reído, pero tampoco te creyó.

—Ya veremos si me decido.

La anciana miró a su nieta.

—Tú estás muy callada. ¿Qué pasó con ese joven médico? Has salido con él. Te vi desde el ventanal.

—Nada.

—¿Tampoco te dijo hoy que te quería?

—Nunca lo dice.

—En mis tiempos, los hombres nos escribían unas cartas maravillosas.

—Eso me parece cursi —dijo Olga—. Sí, una cursilada de las gordas.

—Me gustaría haber vivido en esa época —dijo Cristina de pronto.

—Mujer, no seas romántica.

—¿Por qué no, Olga? ¿Sabes lo que supone sentir esa sensación de plenitud que lo compendia todo?

Olga se puso en pie. Deseaba hablar con su amiga cuanto antes, y era muy feliz cuando podía hacerlo de cama a cama, sin luz y suspirante.

—Tengo sueño. ¿Por qué no dejamos de desear imposibles y nos vamos a la cama?

—Sí —admitió la anciana—. Ya es hora. Buenas noches, queridas niñas, y no os paséis la noche hablando. El murmullo de vuestras voces, me desvela.

—Procuraremos no desvelarte, abuela Magui.

—Gracias, hijitas.

Las besó a las dos, y se fue apoyada en su bastón, y con el gato de angora pisándole los talones.

Dos doncellas uniformadas recogían todo el servicio e iban apagando las luces.

Abuela Magui se cerró en su alcoba con una beatífica sonrisa.

Sabía que la interrumpirían con sus murmullos, y sabía asimismo, que encenderían la luz cada cinco minutos, pero... ¿quién podía evitar que la juventud fuera juventud?

¿No fue ella joven también? No tenía amiga con quien desahogar, pero cuando escribían en su diario... ponía cosas maravillosas. Un diario que aún ocultaba en el fondo de su secreter, y que alguna noche, cuando se sentía triste y pensaba en su difunto esposo, desempolvaba para leer...

Era grato hacerlo y enfrentarse en aquel pasado, y pensar que existía aún, que al dar la vuelta, Ricardo se apoyaría en su hombro y le preguntaría quedamente:

«¿Qué escribes, Magui? ¿Qué escribes?».

Y hasta le parecería que la tomaba del brazo y que la llevaba junto a él, apoyada en su costado, hacia el gran lecho matrimonial.

* * *

—Cuenta, cuenta...

—No, tú primero.

Olga se deslizó bajo las sábanas que olían a espliego, y Cristina quedó sentada sobre el lecho, con las piernas cruzadas a la usanza mora, y con un cigarrillo entre los labios.

—Primero tú, Olga.

—¿Y por qué no tú?

—Porque tú eres la mayor. Me llevas dos meses.

—Además, tengo experiencia —rio Olga divertidísima—. Figúrate, tengo novio desde que hice la primera comunión.

—Empieza ya.

—Primero dime: ¿Se declaró Marcos?

Cris negó por dos veces, mudamente, con la cabeza.

—Igual es uno de esos chicos «ye, yes», que piensan que las chicas han de adorarlos sin necesidad de declararles su amor. Mira, no te rías. Tengo una conocida que tiene un novio, y jamás le dijo que lo era, hasta que un día saltó con esto: «¿Cuándo nos casamos?».

—¡Oh!

—No sabemos si Marcos es de esos.

—Yo necesito que me diga...

—¿No te insinúa siquiera que te quiere?

—Hoy, como si no tuviera ninguna importancia, me dijo que estaba enamorado de mí.

—Hurra. ¿Qué más quieres?

—Nada. No tengo nada que contar. No hubo más ni hubo menos. Después quiso tomar mi mano entre las tuyas...

—Y la tomó.

—Olga, cómo eres.

—¿No quedamos en que no tendríamos nunca secretos la una para la otra? Carecemos de experiencia. Tú tienes aún menos que yo. Es decir, tú no tienes ni una gota. Yo, en cambio —se estiró un poco— ya soy veterana en el asunto. Pienso casarme para el año que viene.

—Suponiendo que Samuel termine.

—Es que te diré una cosa. Si no termina, nos casamos igual. Ya se lo dije. O nos casamos, o... —hizo un ademán muy picaresco con los dedos— tú por un lado y yo por otro, rico.

—¿Se lo has dicho así?

—Hoy. Por eso regañamos.

—Dijiste que fue porque te quiso besar.

—Eso vino después.

—¿Cuándo?

—Cuenta tú.

—¿Qué quieres que cuente? —se lo refirió todo en pocas palabras casi ahogadas—. ¿Qué te parece?

—¡Qué fresco! ¡Pero qué fresco! De modo que tocándote la garganta, y sin enterarse, como el que dice. Pues yo te digo que no. ¿Entiendes? —la apuntó con el dedo enhiesto—. Yo te aseguro que es un frescales. Claro que se daba cuenta. ¿Cuándo un hombre no se da cuenta de que toca a una mujer? Y te digo que si no se la da, corras lo más lejos posible, porque a mí, chica, me resulta sospechoso.

—¡Olga!

—¿Qué pasa? ¿No estamos solas? —miró en torno—. No tendremos micrófonos ocultos por ahí, ¿eh? No me agradaría en absoluto que me oyera tu abuela.

—No nos oye nadie, pero yo te aseguro que me molesta esa jerga tuya tan poco elegante.

—Ta, ta. Espera que pase algún tiempo y permitas que Marcos te bese.

—Eso no.

—Ji, ji. Eso sí. Si lo sabré yo.

—¡Olga!

—¿Qué pasa? ¿Dije alguna barbaridad? Los hombres, te digo, y lo sé por experiencia, te enseñan unas cosas, aunque tú no quieras aprenderlas, que, ya, ya.

—Me asustas.

—¿Y qué pasó después?

—Me levanté.

—Te llamaría ridícula.

—Claro que no.

—Milagro, porque esa es la maña de los hombres. Te llaman ingenua, ridícula y mojugata, y como a una le fastidia enormemente pasar por ninguna de esas tres cosas.

—Me asustas.

CAPÍTULO VI

— **A** HORA que supongo que tú has terminado... ¿empiezo yo?
—No terminé.

—¿No? —y abrió los ojos ilusionada—. ¿Hay más cosas? ¿Te besó... de esa manera?

—¿De qué manera?

—De la que besan los chicos a las chicas que les gustan.

—Olga.

—Bueno, bueno —refunfuñó—. ¿Qué pasa? ¿Estoy diciendo alguna barbaridad?

—Claro que sí. Sé muy bien cuando Samuel te besó por primera vez. Lo hizo hace solamente un año, y hace doce que sois novios.

—No tanto. Eramos amigos. ¿Cómo quieres que fuera novia de un imberbe, siendo yo una crisálida en embrión?

Y de pronto se quedó suspensa, calladita y ruborizada. Cristina se inclinó hacia la cama vecina, temiendo que su amiga se durmiera.

—Olga.

—Oh.

—¿Qué te pasa?

—Pues... no sé. De repente recuerdo a Samuel y me entra una cosa... ¿Sabes? Ahora me besa muchas veces, y cuando no lo hace —su voz se ahogó— me siento más mal...

—Si tus padres supieran que andas en esas cosas.

—¿Mis padres? —se excitó de nuevo Olga—. ¿Es que ellos no se amaron? ¿Qué es el amor? Una necesidad absoluta de estar con la persona amada, aunque sea para reñir.

—Yo no siento eso.

Olga saltó de la cama y fue a sentarse junto a su amiga.

La miró muy de cerca.

Bajó la voz.

—¿Quieres que te diga algo? Cuando se ama a un hombre ya no puedes olvidarlo jamás. Yo no sé si soy romántica o sentimental, o solo apasionada. Lo que sí te puedo decir, es que Samuel hará de las tuyas por ahí. Todos los chicos hacen lo que pueden. Pues, pese a eso, yo sé que a mí no podría olvidarme jamás. Cuando me besa, él se queda como tonto, y después, cuando nos miramos, yo debo ponerme colorada, porque él me sujeta la barbilla entre los dedos y me dice de una forma que me enloquece: «Eres una gatita preciosa, Olga. Una deliciosa gatita».

—¿Es eso moral?

Olga volvió a alterarse.

—Uno quiere o no quiere, ¿no? Pues si uno quiere, lo más normal es demostrarlo. ¿Y qué otra forma hay de demostrarle a un novio que se le quiere, si no es correspondiendo a su ternura?

Cris estaba un poco asustada. Apretó la nariz con los dedos. Arrastró un poco estos por la mejilla, hasta apretarlos unos contra otros nerviosamente.

Después se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—Cris...

—Sí.

—¿En qué piensas?

Cris suspiró hondísimo. No abrió los ojos, pero su voz, como un susurro, recitó: «Corona de la vida, felicidad sin interrupción, eres tú. ¡Oh, amor!».

—Deja a Goethe en paz —y sin transición, quedamente—. ¿Apago la luz, Cris?

—Sí.

—¿Dormimos?

—Sí.

—Te has quedado como tonta con todo lo que te dije.

Al mismo tiempo apagó la luz.

El ventanal estaba abierto de par en par. Por él entraba un haz de luz que partía del jardín.

—Olga.

—Sí.

—Debo estar muy enamorada.

—Lo estás, seguro.

—Y me siento muy desgraciada, ¿sabes? Dime, ¿cómo te besa Samuel?

Un silencio.

Se diría que miles de emociones ocultas palpitaban en la alcoba virginal.

—Pues...

—¿Cómo?

—Yo creo que... no debiéramos hablar de esas cosas, ¿no?

—Debiéramos. Tú eres una novia veterana. Yo puedo serlo en sentido novato, un día cualquiera. ¿Sabes, Olga? —su voz sonaba rara, casi ahogada en aquella semioscuridad—. Me aterra pensar que un día Marcos se vaya de aquí, sin decirme ni adiós. ¿Por qué me acompaña? ¿Por qué me mira así? ¿Por qué me toma la mano y me turba y me enerva y me pone tan nerviosa?

Olga no contestó en seguida. Su voz tenía como un súbito temblor bien perceptible, cuando respondió.

—Quizá no debí hablarte del amor y de todo eso.

—Debiste.

—Duerme, Cris.

—«Y si el amor, bajando de lo alto, hasta su pecho ha entrado, lo acogerán en su coro los bienaventurados» —susurró con tenue acento que parecía iba a extinguirse de un momento a otro.

—Olvídate de Fausto —rio Olga nerviosamente—. El amor de Samuel y de Marcos, suponiendo que este esté enamorado de ti, no es tan celestial. Los hombres. Cris, por muy puros que sean, no sienten el amor así, como una veneración espiritual, sino como una necesidad física todo lo más.

—¿Y sabiéndolo, amas a Samuel?

—¿No soy yo física? —se exaltó Olga, sentándose en la cama. Su sombra le pareció a Cris un tanto fantasmagórica—. El amor de este mundo, Cris querida, no es un soplo ni una brisa, ni siquiera una caricia etérea. Es una verdad fantástica, como una catedral de grande, y si no la vives y haces vivirla a quien está a tu lado, la catedral... se va a buscar otra mujer.

—¿El amor... es así?

—Así. Y no hay vuelta que darle. Lo espiritual se entrelaza con lo material. Siempre va unido, ¿sabes? Yo opino que no puede existir lo uno sin lo otro.

—Sí, quizá. Pero me da un poco de miedo todo eso —y sin transición, con voz más vibrante—. ¿Vas mañana a la excursión?

—Claro que sí. Está todo preparado. Tendremos que pescar truchas y hacer nosotros la paella.

—El año pasado yo no estaba aquí cuando se formó la excursión.

—Yo sí —dijo Olga— y recuerdo muy bien que fue la primera vez que Samuel me besó.

—¡Oh!

—Sí. Fue a la bajada de un río. Yo... tenía miedo bajar. Él se reía de mí. Extendió la mano para tomar la mía, y de repente, no sé cómo fue. Resbalamos y nos quedamos así, un poco sorprendidos los dos, uno junto a otro.

—¿Y luego...?

—¿Luego? —parpadeó Olga de nuevo ruborizada—. Pues... eso.

—¿Eso qué?

—Cris, qué pesada te pones. ¿No te lo dije? Me besó.

—¿Cómo?

—Cris, que si no callas, yo me largo a mi casa —chilló Olga nerviosamente.

Cris quedó muy calladita.

Pero al rato, en aquel cálido silencio, la voz temblona de Olga, susurró como quien no quiere hablar, pero no tiene más remedio que hacerlo.

—En la boca...

Hubo un silencio. Largo, distinto. Como si muchas cosas flotaran en el aire.

Después, nuevamente la voz de Olga, aún temblona.

—Me... me has oído...

Y la voz de Cris, temblona también.

—Sí.

—¿Qué... qué dices?

—Nada... Nada...

Otro silencio.

Un farol del parque se apagó. La alcoba quedó en tinieblas.

Cris dijo a lo tonto.

—El jardinero está apagando los faroles del jardín.

—Sí.

Pero ambas tenían el pensamiento en otro lugar.

Después, al rato, suspiró Cris.

—Si un día Marcos lo hace... ¿qué diré?

—Nada. En esos momentos nunca se dice nada. No se sabe qué decir.

Y como Cris permaneciera callada, Olga añadió después, bajísimo:

—Una siente como una honda plenitud... Parece que le arrancan todo lo sensible que tiene en el cuerpo, y después, cuando pasa todo y se piensa en ello, se llora, ¿sabes? Yo no soy llorona. Pues bien, nunca lloré tanto como aquella noche.

—¿Se lo dijiste a Samuel alguna vez?

—Oh, no, claro que no. Se reiría de mí. Los hombres hacen esas cosas, pero después, desgraciadamente, no piensan en ellas.

Otro silencio.

—Olga.

—¿Pero es... que no duermes?

—No puedo.

—¿Qué piensas de él?

—No sé. Tengo miedo. Es tan hombre junto a mi pequeñez femenina.

—Los hombres no se enamoran por eso. No les importa la juventud ni los años de una mujer. La quieren o la desean, o la aman o se largan.

—¿Crees que Marcos... se alejará?

—No. Me parece que no.

—¿Y si ocurre?

—Cris... ¿por qué no duermes de una vez? He venido a contarte mis cosas... no deseo oír tus inquietudes.

—Eres egoísta.

—Es que estoy enamorada, ¿sabes? Y cuando a una le ocurre eso, no sabe más que hablar de si misma, y todo lo demás deja de tener interés. Pero no; tú y yo somos demasiado amigas para mostrarnos indiferentes una a la otra y nuestros mutuos problemas.

—Perdona. En realidad, yo no tenía que pensar.

—Pero piensas, porque estás enamorada de Marcos Soria.

—Quisiera no estarlo.

Olga rio. Era una risa suave, tranquilizante.

—Pero lo estás, Cris, y eso ya no puede remediarse. Duerme, anda. Tenemos que madrugar. A las nueve nos esperan en la avenida de los tilos. Iremos seis parejas y lo pasaremos muy bien.

—Yo prefería que fuera Marcos.

—Irá...

CAPÍTULO VII

LAS seis parejas se acomodaron en los dos coches grandes. Uno perteneciente a Marcos Soria, y otro a Samuel Montesinos.

El pequeño puerto pesquero y la ciudad con sus casas blancas y sus edificios señoriales, quedaba ya lejos.

Los dos coches, un «Mercedes» de Samuel y un «Fiat» de Marcos, bordeaban ya la falda de la montaña, y el río, como una raya lujuriosa, la partía de un lado a otro.

—Es bellísimo todo esto —exclamó Marcos, pues era la primera vez que veía un panorama tan salvaje y a la vez tan virginal—. Jamás creí contemplar nada más bello.

—Toma hacia la izquierda —aconsejó Esteban Egusquiza, quien iba allí, apretadito junto a su novia—. Hay como una especie de atalaya donde podemos acampar. Creo que los otros ya llegaron.

Marcos miró hacia su derecha. Allí estaba Cristina, con su belleza exótica, sus enormes ojos grises, su sonrisa de niña ingenua.

—¿Has venido muchas veces? —preguntó sin dejar de conducir.

—Sí.

—Uno se siente más grande aquí arriba.

El auto llegaba a lo alto, torcía hacia la izquierda y se dirigía en línea recta hacia lo que Esteban Egusquiza consideraba un remanso, donde el auto de Samuel frenaba en aquel instante.

Todos saltaron al suelo.

Olga, vestida con unos pantalones largos al estilo vaquera, una camisa a cuadros y zapatos de lona, corrió hacia el auto de Marcos. Se colgó de la portezuela, junto a Cris.

—¿Has visto algo más precioso, Soria?

—No, ciertamente.

—Que te lleve Cris por ese bosque intrincado, y verás los lagos al otro lado. En medio de estas montañas, como metidas en un hoyo, verás las aguas más verdes del mundo.

Todos descendieron.

Felipe Apilánez gritó.

—Cada pareja ha de buscar su sustento. ¿Quién es la mía?

Y miraba a Cris.

Ella desvió los ojos.

Olga dijo.

—Creí que os habíais sorteado ayer en el club. Yo, por supuesto, no pienso ceder a mi novio.

Samuel ya estaba allí.

Era un muchacho delgado, largo, un poco desgarbado, con expresión picaresca.

Pasó un brazo por los hombros de su novia y la oprimió contra su costado.

—No hagas tontadas, Felipe —gruñó—. Sabes muy bien que nos sorteamos ayer noche. A ti te toca Micaela, a Esteban su novia, a mí la mía. A Víctor con Irene, y a Roberto con Paloma. En cuanto a Marcos, le corresponde Cris. ¿Hay alguien que no esté de acuerdo?

Gritaron a una.

—De acuerdo totalmente.

—Bien. Pues permitidme que yo ordene un poco esto, pues de lo contrario nos quedamos sin comer. Marcos —y lo señaló junto a Cris— creo que es un pescador de truchas fantástico. Esteban ganó hace poco un concurso cortando troncos. Felipe es un cocinero de primera, Víctor será su ayudante, y yo y los demás, traeremos hacia aquí la leña que corte Esteban. ¿Alguien no está de acuerdo?

—Todos lo estamos.

—Bien —consultó el reloj—. Son las once de la mañana. Comeremos a las tres en punto. Roberto ayudará a Víctor a sacar del auto todos los utensilios necesarios para la paella. Como además deseamos comer truchas con jamón, de cocinarlas me encargo yo —miró a Marcos y a Cris—. Podéis agarrar las cañas y las mochilas y largaos. Antes de las dos de la tarde, tendréis que estar de vuelta.

—¿Solos, pescando truchas? —preguntó Cris asombrada—. ¿Y si no pescamos?

—Tendréis que pescarlas —gruñó Roberto—. Tenéis un río al otro lado. Es una maravilla. Dicen que está lleno de truchas. Además —y señaló a Esteban— este sacó el permiso necesario. Es un coto de nuestra propiedad.

—Cris —gritó Marcos—. Vamos, pues.

—¿Vamos, Cristina?

—Vamos —dijo ella un poco tímida.

Con las cañas al hombro y las mochilas colgadas del cinto, ambos se internaron en el bosque, buscando la salida hacia los ríos que se cruzaban entre sí, paralelos a los lagos.

—Después podemos bañarnos —dijo Marcos—. Debe estar el agua caliente.

—No lo creas. Por esta parte tan alta, casi siempre está fría. Yo no he venido nunca —añadió—, pero he oído hablar de ello.

—Es una preciosidad.

—Sí.

—El río —exclamó él al poco rato—. Vamos a tratar de pescar algo. En secreto te diré, que jamás pesqué una trucha. ¿Y tú?

—Es la primera vez —susurró—, pero no lo digas a nadie.

Marcos lanzó una carcajada.

Resultaba más jovial, distinto al médico grave, e incluso al acompañante desconcertante que la inquietaba todos los días.

* * *

Se sentaron uno junto a otro a la orilla del río. Lanzaron los anzuelos al agua.

—Tenemos que esperar que piquen —dijo ella—. Claro que no sé si se hace así. Yo tenía una media idea de que el pescador de truchas, se mete en el agua hasta media rodilla.

—Primero probemos así. ¿Tienes cigarrillos?

Ella metió la mano en bolsillo del pantalón. Primero tuvo que tirar de la cremallera, pero con la caña, no podía manejar bien los dedos.

—Espera —pidió nerviosa—. No sé si seré capaz de sacarlos.

—Te ayudo.

Lo tenía allí mismo.

—No... no... Creo que... podré sola.

—Vamos, permite que te ayude.

Y con entera naturalidad, prendió la caña entre las rodillas y se inclinó hacia ella.

—Deja —susurró Cris nerviosa—. Puedo yo.

—¿Qué importancia tiene que te ayude? ¿Eres tonta?

Cris no protestó. Tenía miedo pasar por tonta o demasiado mojigata.

Él tiró de la cremallera y abrió totalmente el bolsillo del pantalón.

Iba a meter la mano, pero Cris, nerviosamente, pidió bajo, con un hilo de voz.

—Deja... deja... lo haré yo.

Él se echó a reír de esa forma que ríen los hombres cuando consideran a su pareja una ingenua.

—No rías así —dijo ella, casi irritada.

—Ah... ¿pero te enfadas tú?

—¿Por qué no?

—No sé. No te imaginaba riñendo.

—Pues sé.

Él la miró largamente.

—Ya lo veo.

Cris, por toda respuesta, le dio los cigarrillos.

—¿No puedes encendérmelo tú? Estuve a punto de perder la caña.

Cris sujetó la suya con una mano y con la otra prendió el mechero. Encendió el cigarrillo en sus labios, y después, sin mirarlo, pues estaba muy cerca de ella, se lo alargó.

Marcos asió el cigarrillo y los dedos.

—Deja.

—Me gusta tener tus dedos entre los míos.

—Estamos... estamos... —parpadeó—. Estamos pescando.

—Sí.

Pero no soltó los dedos.

Puso la caña entre las rodillas otra vez, y le quitó el cigarrillo de entre los dedos, lo llevó a la boca y se quedó con los dedos de Cris entre los suyos.

—Estás temblando —dijo él quedamente.

—No... no...

—Me gusta que tiembles —y muy bajo, casi rozándola con su aliento de fuego—. Ayer noche nos separamos enfadados.

Ella se agitó.

—Yo... no.

—Yo nunca me enfado si la chica que está conmigo no lo hace.

—Entonces di que nos enfadamos los dos.

—Nos enfadamos, por supuesto. ¿Sabes por qué? Porque tú eres una ingenua.

Ella hizo un esfuerzo y rescató sus dedos. Asió la caña con las dos manos.

—Yo... yo... —le temblaba la voz— no soy ingenua.

Marcos rio.

—Te digo... que no rías así.

—Me gusta reír así.

—Te pido... —algo tiraba del anzuelo. Gritó excitada—. Pica... Creo que voy a pescar una trucha.

Tiró del sedal.

Estaba fuerte. Parecía que del anzuelo tiraba un tiburón. Empezó a tirar con todas sus fuerzas.

—No puedo —susurró—. Debe ser muy grande.

—Yo te ayudo.

Y dicho y hecho. Soltó su caña, la sujetó entre dos rocas, y pasando los brazos en torno a la espalda femenina, se colocó detrás de ella, y al tirar de la misma caña, hubo de cruzar los brazos en torno al cuerpo de Cris.

—¿Qué haces? —se agitó ella—. ¿Tienes... tienes que hacerlo así?

—Tira. Déjate ahora de preguntas.

—Es que...

—Tira —susurró—. Tira.

Ella trató de tirar. Lo hicieron los dos a la vez.

De repente, el sedal saltó del agua sin anzuelo y sin trucha. Los dos, debido a la fuerza con que tiraban, cayeron hacia atrás. El primero, ella sobre él.

CAPÍTULO VIII

MARCOS, tirado sobre la hierba, no pudo soltarla en aquel instante.
No, no pudo.

—Deja —pidió con un hilo de voz—. Deja...

—Es que... es que...

Ella trató de salir de allí, pero Marcos de súbito giró sobre sí, dio la vuelta tendido como estaba, y dejó a Cris en la hierba, tendida a su lado.

—Deja —susurró ahogadamente—. No... no hemos pescado nada.

Marcos la miraba.

Ella cerró los ojos.

—Te ruego...

Marcos no decía nada. Solo la besaba.

Cris sintió que algo se oprimía en su pecho, como un nudo de intensidad emotiva. Como una ternura que no podía evitar.

Por eso se apartó y se quedó encogida a dos pasos de él, que parecía cortado e indeciso.

—No debiste —decía ella quedamente, con voz entrecortada—. No debiste...

—Es cierto. No debí. Pero estas cosas surgen sin que uno las decida. Discúlpame.

Y precipitado sacaba la caña de la roca y la empuñaba con fuerza.

Tenía carmín en los labios y una rara expresión en los ojos.

—Cris...

—Déjame, déjame. Calla.

—Te aseguro...

¿Qué iba a decir? ¿Qué esperaba ella que dijera?

«Es que somos novios, ¿no, Cris? Y te he besado porque te quiero».

De repente gritó.

—Pican.

Y tiró del sedal.

Una trucha brillante, negra, *beige* y blanca, de un tamaño regular, se agitaba en el aire.

—He pescado una, Cris. Mira, mira.

Cris iba a llorar.

¿Cómo era posible que se entusiasmara ante una trucha, después de aquello?

«Soy tonta. Para ellos, los hombres, besar a una chica, es como si cambiaran de chaqueta y no sintieran calor. Por rutina. Como algo que se necesita hacer para cambiar».

—Mira qué trucha —gritó Marcos como si tal cosa, sacando el pez del anzuelo.

Cris se sentó en la hierba. Estaba pálida y le temblaban los labios. Pero Marcos no supo o no quiso fijarse en aquella agitación femenina.

Hablaba y hablaba, como si momentos antes no perdiera el sentido junto a ella.

—Es una hermosa trucha —comentó.

Cris no dijo nada.

Echó el sedal al agua. Mantuvo la caña con las dos manos. Muy fuerte. Como si toda su desesperación se centrara allí.

—¿No pescas tú? —preguntó él riendo—. Presta atención. Verás cómo asombramos a todos.

Ella tenía que decirlo.

No podía soportar aquella inquietud que la roía.

—No debiste...

—Olvidalo, Cris.

—¿Crees que eso se puede olvidar? Nunca me besaron los chicos.

—Perdona. Fue sin querer.

—No es cierto.

—Vamos, vamos, Cris...

—¿Por qué?

Marcos parpadeó.

Cris no era como otras.

—Cristina, te pido mil disculpas.

Ella no podía más. Iba a llorar.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Cristina...

—Voy a odiarte.

—¿Por haberte besado?

—Por haberme turbado así.

Él parpadeó.

La hubiera tomado en sus brazos nuevamente y le hubiera dicho miles de cosas. Pero... ¿para qué? ¿Merecía la pena?

¿Qué era todo aquello?

—No sabía —dijo de modo raro— que te hubiese turbado.

—Mucho.

Marcos cambió la caña de mano. La apretó con fuerza.

—No volverá a ocurrir —dijo sordamente—. Te lo prometo. Perdóname.

—¿Y eso es... todo?

—¿Qué puedo decirte?

—Eso me pregunto yo.

Iba a llorar. Sí, no podía aguantarse.

—Voy a pescar lejos de ti.

—Cristina...

—Eso no te lo voy a perdonar.

Era toda sensibilidad, y él lo sabía.

Por eso no podía pasar sin ir con ella, sin besarla momentos antes. Era totalmente diferente a las demás aquella chiquilla.

—Cristina, ven aquí.

—Quiero pescar.

«Va a llorar, pensó él. Y no quiero. Me revientan las chicas que lloran».

Él no era un cínico ni un sádico. Él era así, como era, y que nadie le pidiera más.

«Mañana, pensó, me iré a Madrid. Pasaré allí una semana, y ella se olvidará del asunto».

En alta voz dijo tan solo, con estudiada naturalidad.

—¿Pican ahí?

Cris no contestó.

Miraba hacia las aguas y casi no veía, debido al vaho que empañaba sus ojos.

—¿Tienes más cigarrillos? —preguntó él al rato.

—No.

—Está bien, está bien. ¿Cómo tengo que pedirte perdón?

Cris no podía más.

Gritó sin poderlo remediar.

—No soy mujer que se deje besar por deporte, ¿me oyes? No voy a tolerar...

De repente saltó de la orilla y se perdió en el bosque.

«Es una cría», pensó.

Pero después volvió a pensar: «Es una mujer. Sí, una mujer que destroza a uno».

«Soy un tipo estúpido, pensó. Muy estúpido».

A las dos de la tarde tenía el cesto bastante repleto de truchas. Consideró que había ya suficientes y se puso en pie.

—Cristina —gritó—. ¿Has pescado algo?

Ella apareció ante él con el cesto vacío.

—No —dijo secamente—, pero vuelvo al campamento.

—Y yo.

CAPÍTULO IX

TODO el mundo gritaba y hablaba a la vez. Todos trabajaban en algo.

Ella no.

Ella estaba allí, sentada en el prado, con un cigarrillo entre los labios, fumando afanosamente, como si no pudiera hacer otra cosa mejor.

Marcos Soria trabajaba como todos.

De vez en cuando la miraba, encontraba sus ojos solo por un instante, y luego se olvidaba, o hacía que se olvidaba.

Olga se dio cuenta de que algo le ocurría a su amiga.

Fue hacia ella y se sentó en el prado a su lado. Como si nada se dijeran una a otra, Olga preguntó entre dientes, al tiempo de encender un cigarrillo.

—¿Qué hizo ese?

—Nada.

—A mí no me engañas.

Cris no respondió.

En aquel momento los ojos de Marcos se fijaban en los suyos. Los apartó presta.

—Cris...

—Déjame, Olga.

—¿Te... besó?

No.

No quería que nadie supiera aquello. Le daba vergüenza. La menguaba.

Dijo entre dientes.

—No.

—A mí no me engañas.

—No, te digo.

Se alteraba.

Olga sabía lo que era aquello. También ella se alteró cuando Samuel, el año anterior, la besó allí por primera vez. Estuvieron sin hablarse seis días, al cabo de los cuales, un día, no supieron ninguno de los dos cómo, se

encontraron en un baile, bailaron juntos y jamás volvieron a recordar aquel incidente que después se repitió todos los días y a cualquier instante.

—No te pongas así, mujer —aconsejó Olga cariñosa—. Todos se van a enterar. Haz un esfuerzo.

—Sí.

Pero no se movió.

Olga dijo de súbito.

—Soria viene hacia aquí. Cambia el semblante.

—No quiero.

—¿Lo ves? Te besó.

—Te digo...

—Soy perro viejo en esas lides —rio Olga poniéndose en pie, y más bajo—. Me largo. No quiero estar a tu lado cuando llegue Marcos. Vamos a comer en seguida, Cris. La paella salió exquisita y las truchas que trajisteis las está friendo Víctor rellenas de jamón.

Se alejó.

En seguida llegó Marcos.

Sin decir palabra se sentó junto a ella. Puso la mano en la hierba. Sus dedos resbalaron hacia los de Cris, sin que esta se diera cuenta. Solo se la dio cuando ya los de Marcos la tocaban.

Los apartó con presteza.

—No sé cómo decirte...

—No digas nada.

—Pero estás así, enfadada.

—¿No tengo motivos?

Marcos pensó que no, que no tenía muchos. Después de todo, ella correspondió a sus besos de la única forma que sabía hacerlo, dada su edad. Sin protestar. ¿Por qué protestó luego, lamentando lo que ya no tenía remedio?

—¿No es suficiente que me disculpe?

—No.

—Te prometo que no volverá a ocurrir. Piensa que no ha ocurrido.

—Pero ocurrió.

—Sí.

Arrancaba hierbas del prado. Él, que estaba de vuelta de todo, de súbito no sabía qué decir para desvanecer aquella nube.

—No vas a salir más conmigo —dijo sin preguntar.

—No.

—Lo nuestro acabó sin empezar.

Lo miró un segundo.

Marcos pensó que jamás vio en toda su vida, ojos como aquellos. Tan melancólicos y a la vez tan vivos, tan reprobadores.

—¿Qué es lo que té propones?

—Van a fijarse en nosotros. Estuvimos solos toda la mañana. Pensarán la verdad.

Era cierto.

Por eso, rápidamente, se puso en pie.

—Cristina...

No quería oírlo.

Iba a perdonarle, a disculparle, y no quería.

Tenía un nudo en la garganta y en el pecho unos golpetazos insufribles, y en los labios el temblor convulso de una tremenda sorpresa desconcertante, que despertaba enervamiento e inquietud.

Caminó hacia la fogata.

—¿Hago algo? —preguntó.

—Claro que sí. Ayuda a poner la mesa.

Entró en ella como una celeridad enervante. Trabajó durante casi una hora, sin pensar en nada. Deseaba mantener el cerebro vacío y casi lo consiguió.

Al fin se organizó la comida. Ella comió, haciendo un gran esfuerzo. No estaba sentada junto a Soria. No quería.

Lo tenía frente a ella, charlando tranquilamente con Paloma.

Odió a Paloma y lo odió a él y todo cuanto evocaba.

Después tomaron café, y al final de este, las chicas recogieron y luego se tendieron en el prado en parejas.

Ella sola.

Allí, casi lejos de todos.

Bajo la sombra de un árbol, boca abajo, con un cigarrillo entre los labios, fumando nerviosamente.

Al rato sintió sus pasos.

Ya nadie se fijaba en nadie.

Samuel tendido junto a Olga en una esquina del prado, bajo un toldo, debía de contarle algo muy interesante, porque Olga lo miraba embobada. Más lejos las otras cuatro parejas, también separadas unas de otras, hablaban en voz baja.

Ella sintió aquellos pasos.

No se movió. No quería.
Sabía que era él...

* * *

Sin pronunciar palabra se tendió boca abajo junto a ella.

En silencio, metió un poco la cabeza bajo la de Cris y le quitó el cigarrillo de los labios.

—¿Qué haces?

—Fumas demasiado.

—Dame... deja... ¿Qué te importa a ti?

—Como médico, mucho. Acabas contigo. Como amigo, más.

—Te digo...

Marcos tiró lejos el cigarrillo. Ella intentó tomar otro, pero los dedos de Marcos se pusieron sobre los suyos. Los sujetó allí, sobre la hierba. Los estrujó casi.

—Deja —pidió ella ahogadamente.

—¿Te consuela el cigarrillo?

—Sí.

—No es cierto. Ni siquiera calma tus nervios. Es un error eso de que obra en uno como un sedante. Yo te digo como médico, que excita más.

—No te importa lo que haga.

—Debo ser tonto, porque me importa.

Ella ocultó la cabeza entre los dos brazos.

Quedóse así.

Marcos, junto a ella, acercó su boca al oído femenino.

—Te pedí disculpas.

Cris no contestó.

—¿No basta?

Silencio.

—Contesta, mujer. Fue un incidente.

La voz de Cris sonó rara, ahogada, casi imperceptible.

—Para ti.

—Para los dos.

—Para ti, únicamente. Para mí nunca puede ser un incidente una cosa así.

—¿Tanto te inquietó?

Silencio.

De nuevo la pregunta.

—¿Tanto?

Y ella dijo bajo, muy bajo, como si fuera a quebrársele la voz.

—Tanto.

Un silencio aún mayor.

Marcos encendió un cigarrillo. Fumó muy aprisa.

De súbito...

—Cristina... me voy mañana.

Fue como si estallara un petardo cerca de ella.

Alzó la cabeza. Lo miró como alucinada.

—¿Tienes novia en Madrid?

—No —rotundo.

—Pero te vas.

—De vez en cuando mis inquietudes me encarcelan, tengo que liberarme de algún modo. Solo viajando lo consigo.

—Tienes un deber aquí.

—¿Contigo?

Ella emitió una mueca extraña.

—No. Conmigo, nada. Ya sé que los hombres como tú, nunca tienen amarras sentimentales. Ahora me doy cuenta.

—Te equivocas. Las tenemos como cualquier ser humano vulnerable a las emociones. Pero uno procura echárselas del cuerpo.

—¿Porqué... estorban?

—Porque inquietan, y debo ser tan egoísta, que huyo de esa clase de inquietudes.

—Pero no te importa inquietar a los demás.

—Involuntariamente.

—¿Qué tipo de hombre eres?

Nadie se daba cuenta de que, involuntariamente quizá, se estaban zahiriendo.

Allí cada pareja iba a lo suyo. Todos a la vista de todos, pero nadie penetraba en la conversación de su vecino. Además, ellos eran los más alejados de todos.

—¿Qué tipo de hombre crees que soy?

—No lo sé. Eso es lo que te pregunto.

—Pues te diré. Eso es lo que te pregunto.

—Pues te diré como tú. Lo ignoro. Vivo.

—Fastidiando a los demás.

—¿Tanto te inquietaron mis besos?

Ella lo miró.

Sus ojos parecían más grandes bajo aquel precipitado parpadeo.

—Son los primeros —dijo ahogadamente—. Sí, me inquietaron.

—Vamos a dar un paseo.

—¡Oh, no! ¡Volver a empezar!

—¿Y por qué no? Eres muy sensible y muy apasionada.

—Pero no vivo para darte gusto a ti.

—Ya.

Fumó nervioso.

Aquella muchacha inquietaba y excitaba, aunque ella no se lo propusiera.

Fumó muy aprisa.

Al rato tiró lejos la punta del cigarrillo.

—Me voy mañana a primera hora. No volveré hasta el lunes siguiente.

—Irás a echar tu canita al aire.

—No lo creas. La estoy echando desde los quince años. Nuestro padre es un hombre liberal. Solo nos llamó al orden cuando cometimos una inmoralidad y él tuvo conocimiento de ello. Por lo demás, nos dejó hacer lo que quisiéramos, y todos salimos bastante enteros. Todos terminamos nuestra carrera y todos fuimos bastante morales.

—Menos tú.

—¿Llamas tú inmoralidad a besar a una chica?

—Según qué chica sea.

—Perdona. En realidad, no me di cuenta hasta este instante. No debí hacerlo. No volverá a ocurrir.

Y con la mayor naturalidad se sentó en la hierba y encendió otro cigarrillo.

Ella se sintió sola y vacía, y dolida y humillada.

Pero no dijo nada.

Se mordió los labios y quedóse así, firme, inmóvil, tendida en la hierba, boca abajo.

CAPÍTULO X

A UN lo sentía sentado allí, cerca de ella, cuando Roberto gritó.

—He traído el tocadiscos. ¿No bailamos?

Ella no quería.

Se apretó más contra la hierba, como si tuviera miedo levantarse, aún a su pesar.

Todos estuvieron de acuerdo.

Empezaron a levantarse.

—¿Quién atiende el tocadiscos? —preguntó Olga.

—Yo —se apresuró a decir Cris con voz temblona.

Samuel la miró y se echó a reír con desenfado.

—¿Tú? En modo alguno. Bailarás como nosotros. En esta esquina del prado, puede marcarse hasta un fox. El tocadiscos tiene diez discos que pueden sonar sin que nadie los atienda. Olga —gritó—. Tú y yo abriremos el baile.

Cris se apretó más en la hierba.

Sabía que de un momento a otro, Marcos se sentaría a su lado, la agarraría de la mano y le pediría con aquel acento suyo un poco bronco.

«¿Bailamos tú y yo?».

Ella no.

Mil veces no.

Empezaron a salir las parejas. Roberto dejó bien preparado el tocadiscos.

—Podemos bailar diez bailables diferentes, sin que nos preocupemos de ese cachivache.

Todos bailaban ya.

Ella presintió la proximidad de Marcos.

Oyó su voz. Tal como había supuesto.

—¿Bailamos tú y yo?

—No.

—Vamos.

—No, te digo.

—Me parece deliciosa.

—Debo parecértelo mucho.

Ya tenía los dedos enredados en los suyos. Ella no quería levantarse, pero lo hizo.

—Sí, sí. Como si no pudiera pasar sin hacerlo.

—Anda —pidió él bajísimo—. ¿Por qué no?

Y sin esperar respuesta, la enlazó por la cintura.

Fue un abrazo disimulado. La apretó mucho. La dobló casi hasta la cintura, pegándola a su cuerpo.

Ella se agitó de pies a cabeza.

—No... te digo...

Pero bailaba ya. Pegada a él, casi sin respirar, sin atreverse a protestar de nuevo.

—No quiero bailar así —susurró al rato.

Marcos era mucho más alto. Tuvo que doblar un poco la cabeza para mirarla a los ojos.

Cris se los hurtó.

—Si serás tontita.

—No me hables así.

—¿Cómo debo hablarte?

—No... no... —se sofocaba—. No digas nada.

Nada dijo.

Pero bailó con ella. La sintió temblar en sus brazos. Cris sentía el poder de todos sus músculos en su cuerpo. Quiso apartarse, decirle algo. Pero no pudo. Era una desgracia estar tan enamorada y que él lo supiera.

Porque Marcos Soria, estando como estaba, de vuelta de todo, tenía que darse cuenta, y eso la humillaba de modo indecible.

Pero no podía decirlo.

Bailó con él. No una vez. Las diez. Perdiéndose en aquel prado desigual, resbalando, sujetándola él contra sí, de modo que la abrazaba como quería.

No fue él. Fue ella quien se separó.

Todos gritaban. Ella no. Ni Marcos.

Marcos estaba allí, a su lado, mirándola largamente.

—¿Quieres... dar un paseo?

—No.

Era una vocecilla suave, sin rencor, tenue y ahogada.

Él le pasó un brazo por los hombros. Metió la cabeza bajo de ella.

—¿De veras... no quieres?

—No.

—Anda. Daremos un paseo por la pradera. Nos bañaremos en el lago.

—No... no...

Las parejas iban desapareciendo hacia los lagos.

Había muchos otros turistas por allí. Unos se bañaban, otros miraban desde la orilla.

Cris se sentó junto a la fogata ya apagada.

—¿A qué hora?

Era una pregunta inesperada, pero él sabía a qué se refería.

—Al amanecer, de forma que apriete menos el calor.

Ya estaba a su lado.

Eran las seis de la tarde, por lo menos. Estaban solos allí, sentados los dos en el prado.

—Dame un cigarrillo.

—Deja —susurró él—. No fumes.

Después, de nuevo otra pregunta inesperada.

—¿Tardarás... mucho en volver?

—Una semana.

—¿Estarás... solo en Madrid?

—Creo que no. Estaré con mi familia.

—¿Tienes... madre?

—No.

—Se necesita una madre —dijo ella ahogadamente—. Te ayudan mucho. Las madres nunca debieran morir.

—Sí.

—¿Te comprende tu padre?

—Por supuesto.

—¿Tiene hermanos casados?

—El mayor nada más. Los otros tienen novia.

—El único libre de toda atadura... eres tú.

—Sí.

¿Por qué no le dijo que estaba atado a ella? ¿Por qué? ¿Es que para él aquello era un juego?

Olga apareció en lo alto del montículo. Los llamó a gritos.

—Cris, Marcos. ¿No venís?

Ella no quería moverse. No podía.

Aún le temblaban las piernas.

En cambio, Marcos parecía muy sereno. ¿Es que bailar con ella... de aquella manera, no le inquietaba en absoluto?

¿Qué clase de hombre era?

—¿No venís? —volvió a gritar Olga.

—No. Os esperamos aquí. Luego declina el sol. ¿No nos marchamos?

Olga desapareció corriendo, sin responder.

Hubo un silencio.

—¿Por qué te quieres marchar?

—Porque... porque...

—¿Por qué?

Ella parpadeó.

Marcos se sentó delante de ella. De forma que Cris no podía hurtarle los ojos.

—Pensaré en ti —dijo sin esperar respuesta—. Estoy seguro de que pensaré en ti.

—¿Hasta que encuentres a otra?

—Piensas que hubo muchas otras en mi vida.

—Pienso que sí. Todos los días. A todas horas. Vives en contacto con las enfermeras, con clientes, con... Los médicos tenéis mil oportunidades de pasarlo bien.

Él rio.

Era una risa alegre, feliz.

Inesperadamente asió los dedos femeninos que arrancaban nerviosamente montoncitos de hierba.

—Claro que no —dijo.

Pero sus deseos se deslizaron de la mano que oprimía y subieron por el brazo desnudo.

—Deja.

Él no le hizo caso.

—Te pido...

Él reía. Tenía una risa que apabullaba a uno.

—No —dijo como sofocada—. No...

Tuvo el valor suficiente para rodar por la hierba y huir hacia los lagos sin que él la retuviera.

Ya no volvió a verla, y se asombró cuando llegó la hora de marcharse, y vio a Cris acomodada en el auto de Samuel.

La miró. Largamente, reprobador. Ella huyó de sus ojos. Se aferró al brazo de Olga.

—No me mandes ir con él —susurró—. No podría... resistirlo.

—Creo que vas mejor así. No te preocupes. Paloma está encantada de ir en su auto.

Sintió celos.

Los autos emprendieron el regreso, y Cris ya no volvió a ver a Marcos hasta el lunes de la semana siguiente.

Olga se le dijo.

—Ha vuelto Marcos.

No contestó.

Pero de súbito, empezó a llorar. Sus padres ya estaban en casa. No quería que supieran aquello. Ni abuela Magui, ni nadie. Solo Olga...

Y desahogó con ella.

CAPÍTULO XI

ME besó, ¿sabes? De aquella manera, como tú decías... como besan los hombres.

Olga no dijo nada.

Pero sus dedos buscaron los de Cris, y los oprimió fuerte, fuerte.

—Olga... debo ser para él un juguete.

—No, eso no, Cris. Lo que pasa es que estos hombres avezados a vivir, a gozar, sin responsabilidades sentimentales, se aferran a su soltería y les cuesta mucho soltar las ataduras. Yo en su lugar...

Sí, eso deseaba saber. Qué haría Olga en su lugar.

Se inclinó mucho hacia ella, espió sus ojos, esperó ávidamente sus palabras.

Se hallaban en el jardín, sentadas en el borde de la piscina.

Cris enfundada en el maillot rojo. Olga en un suéter muy descotado, y *short*. Al otro extremo, Carlos y Leonor Yáñez, sentados ambos en cómodas extensibles, tomaban el sol bajo un toldo de colores. Había con ellos un matrimonio amigo, venido de Madrid aquellos días.

Cris hundió los dedos en el agua. Los agitó allí, salpicando gotas cristalinas.

—Di —apremió con ansiedad—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

Olga la miraba pensativamente. De súbito susurró:

—Yo estoy enamorada de Samuel, sí. Mucho. Pero tú... estás infinitamente más enamorada que yo, de Marcos Soria.

—Me pilló desprevenida —susurró con desaliento—. Fue algo inesperado. Dentro de una semana cumplo diecinueve años, pero para mí estas cosas del amor son totalmente inéditas. ¿No te das cuenta? Tú empezaste desde muy niña a saber cosas de los hombres y del amor. Yo estaba ciega. Llegó él con toda su mundología, con todo su saber de hombre avezado a vivir. Con esa inconmensurable experiencia que apabulla... Yo no tenía defensa. No era capaz de nada, porque para nada estaba preparada.

—Lo sé, Cris. Lo sé. Te voy a decir desde mi mediocre experiencia, pues pese a haber empezado a vivir junto a Samuel demasiado pronto, no me sobra aquella, lo que yo haría...

—Eso es lo que deseo. Y no me digas que carezco de personalidad por esperar de ti una ayuda.

—¿Qué dices? ¿Qué tiene que ver tu personalidad, con esa ansiedad del amor?

—¿No piensas tú que estoy loca, por haberme enamorado así de un hombre que nunca nada me dijo al respecto, excepto un beso escapado de su imprudencia y de mi locura?

Olga recitó con acento ahogado.

—«Que cuando amor no es locura, no es amor».

—Déjate de recitar a Calderón de la Barca. No estamos aquí para adjudicarnos pensamientos, estamos hablando de los nuestros propios, Olga.

—Por supuesto. Pues escucha esto, que podría definir a Marcos Soria, aunque tú y yo lo consideremos un poco monstruo. Hace unos días leí algo de Gastiglione. Decía así: «Es imposible que en el corazón del hombre, en el que se haya aposentado una vez el verdadero amor, reine nunca la vileza».

—Con lo cual pretendes decirme que Marcos está enamorado de mí, y jamás, por ello, podrá hacerme daño.

—¿Por qué no?

—No, Olga. Un hombre que ama de veras, no hace sufrir a la mujer amada. Él sabe que me ofendió, y quizá para evadirse de esa responsabilidad, se marchó de viaje. Cuando se besa a una chica de mi edad, lo menos que se puede hacer es dar una explicación al impulso indebido. Marcos no lo hizo. Solo pidió perdón.

—Quizá no está seguro de sus sentimientos hacia ti.

—No puedo exigirle lo contrario. Nadie está obligado a amar a nadie, pero... lo correcto es evitar lastimar a los demás.

—Querida Cris, ten presente que los hombres no son dioses ni santos. Solo son hombres. Pero —añadió sin transición— no vamos a discutir aquí lo que ni tú ni yo sabemos. Hay que pensar en lo que se va a hacer en el futuro. Yo solo puedo decirte lo que haría yo. ¿Sabes lo que haría? Ignorar aquel incidente.

Cris palideció y enrojeció casi a la vez.

—Para mí no fue un incidente.

—Por supuesto. Para una chica de nuestra edad, el primer beso es como el primer peldaño hacia un mundo sentimental desconocido. Pero olvídate de ese

peldaño Es el mayor desprecio que puedes hacerle a un hombre, y lo que más puede dolerle a este.

—Quieres decir...

—Eso quiero decir. Cuando Marcos te llame por teléfono o te cite... no te mantengas en tu tesitura. Ve. Y no menciones para nada, ni nada le muestres con respecto a lo ocurrido.

—No estoy segura de poder hacerlo.

—Tendrás que hacer un esfuerzo, o le envanecerás. No hay peor cosa, que los hombres se crean dueños de la situación, cuando aún no están seguros de sus sentimientos. Y deja ya de inquietarte —añadió—. Hazte a la idea de que no ha pasado nada; y cuando veas a Marcos, recíbele con la sonrisa en los labios.

Cris parpadeó.

—¿Y cuando intente besarme?

—No se lo permitas, si puedes.

—Olga.

—¿No es así? ¿Se puede siempre impedir que eso ocurra? Somos humanos, Cris, y cuando amamos...

Una doncella avanzaba presurosa por el sendero. Atravesó el trozo de césped que conducía a la piscina, y al llegar junto a los dos jóvenes, dijo respetuosamente.

—Señorita Cris, la llaman por teléfono.

Cris parpadeó.

No tuvo voz para preguntar quién la llamaba.

—¿Quién es?

—El doctor Soria.

—Bien. Dígale que la señorita Cris está en la piscina, que llame dentro de diez minutos. ¿No es así, Cris?

Ella asintió con un breve movimiento de cabeza.

La doncella giró en redondo y se alejó hacia el palacete.

—No llamaré otra vez —susurró Cris con un hilo de voz—. Estoy bien segura.

—Si no llama, es que no merecía que tú salieras en maillot hacia la casa. Él ha llegado esta mañana. Me lo dijo Samuel cuando fue a buscarme para ir a misa.

—¿Sabe Samuel que yo...?

—No —rotunda—, pero es hombre y no es tonto, y conoce estas cosas...

—Ya.

Y automáticamente, se puso en pie, sacudió la mano mojada y echó el cabello hacia atrás, con un ademán muy femenino.

—Voy a vestirme —dijo bajo—. Son las doce y media. Hace más de tres horas que estoy al sol. Me he bañado seis veces desde las ocho de la mañana.

—¿Sabes tus padres...?

—Nada —se sofocó—. Nada. No quiero que lo sepas jamás...

* * *

Tenía puesta una bata de hilo rojo, de cuello camisero, abierta hasta el principio del seno. Abotonada de arriba a abajo y atada a la cintura con un cinturón muy fino. Calzaba zapatos descalzos, viéndose los dedos rematados en uñas nacaradas y descalzos por detrás.

El cabello lacio lo tenía recién peinado. Brillante, más rojizo que nunca, quizá debido al sol.

Se despedía de Olga en aquel instante. Habían transcurrido ya veinte minutos sin que Marcos Soria volviera a llamar.

Las dos estaban en la verja. Cris apoyada por la parte de dentro. Olga abriendo la puerta de su coche «Seat 850», recién estrenado.

—¿No te lo he dicho? No vuelve a llamar.

—Quizá sea mejor para ti. Olvídate de eso.

—¿Olvidarías tú a Samuel?

Olga se impacientó.

—Es muy distinto. Somos novios desde que empezamos a sentirnos personas conscientes, y vamos a casarnos tan pronto Samuel termine. Lo tuyo no ha empezado aún.

Subió al auto.

—¿No sales por la tarde? —preguntó, ya acomodada ante el volante.

—Sí... quizá.

—Bailaremos en el club. Estamos organizando una excursión por mar, hacia la isla.

—Si va él... yo no iré.

Olga sonrió tan solo.

—Habla de eso por la tarde. Ve al club. Te esperamos allí.

El «Seat 850» se perdía ya en la amplia calle, en dirección a la avenida de los tilos.

Cris aún permaneció allí unos segundos. Después dio la vuelta sobre sí misma, y a paso corto se dirigió a la casa.

Sus padres continuaban con el matrimonio invitado, al otro extremo de la piscina. Tomaban licores y hablaban tranquilamente.

«No se dan cuenta de que yo tengo un gran problema, pensó con desaliento. Nadie, ni siquiera abuela Magui piensa en mí».

Llegaba ya a la terraza, cuando una doncella apareció en la puerta que daba acceso al salón.

—El doctor Soria está al teléfono, señorita Cris —dijo amablemente.

Ella sintió fuego en los pies.

Olga no estaba allí para censurarla o aprobarla. No podía soportar la inmovilidad, sabiendo que él esperaba.

Entró en el *living*.

Fue en línea recta hacia el teléfono.

Ni siquiera se fijó en la gran orejera que había junto al balcón abierto. Ni en el gato de angora que revoloteaba por allí. Ni en los pies de su abuela, puestos al sol.

Se dejó caer en un sillón junto a la mesita que hacía de soporte al teléfono, de espaldas al balcón, de modo que se creyó sola.

—Diga.

—Hola.

—Hola.

—¿No me dices nada más? —preguntó Marcos con su voz un poco bronca.

—¿Y qué quieres que te diga?

—He llegado ayer noche.

—Ya.

—¿No lo sabías?

Claro que sí.

Pero dijo rotundamente.

—No.

—Pensé en llamarte ayer, al llegar a mi pabellón del sanatorio, pero era muy tarde y temí que durmieras.

—Hiciste muy bien. Me molesta enormemente que me despierten.

—¿Perezosa?

No contestó. En cambio, hizo una pregunta con voz que parecía lejana e indiferente. Como si siguiera los consejos de Olga, y la verdad es que se lo dictaba su instinto de mujer, pues en aquel instante no recordaba para nada a su amiga ni sus recomendaciones.

—¿Qué tal el viaje?

—Pesado. Mucho calor. Varias veces tuve que detener el auto. La lucecita roja de peligro se me encendió muchas veces. No hay nada peor que correr por esas carreteras de Castilla en esta época.

—Hay muchas rectas.

Era estúpido el comentario, pero a Cris le pareció el más apropiado, y a él debió de parecerle infernal, porque contestó malhumorado.

—Por supuesto —y sin transición, un poco precipitadamente—. Te invito a tomar el vermut.

—Imposible. Tengo invitados en casa.

Un silencio.

¿Penoso? ¿Respiraba fuerte Marcos Soria? ¿Le contrariaba que no estuviera dispuesta a complacerle?

Le agradó aquella suposición.

—No dispongo de mucho tiempo —insistió Cris en su papel dictado por su instinto—. Cuando se tiene gente en casa...

La pregunta resultó brusca, casi como un disparo.

—¿Joven?

—¿Cómo?

—Te pregunto si tienes hombres jóvenes en tu casa.

Ella rio.

Tenía una risa suave, invitadora.

La voz de Marcos sonó ronquísima.

—No rías así.

—¿No? ¿Por qué? Es mi risa.

¿Era ella en aquel instante, más dueña de la situación que Marcos Soria? Quizá sí, porque él, rápidamente, insistió.

—Baja. Estoy frente a tu casa.

Cris sintió que el corazón le golpeaba como loco en el pecho. Debiera ir. Deseaba ir. Pero... no, no...

—Lo siento —susurró con acento suavísimo—. Créeme, Marcos, lo siento mucho. Pero es de todo punto imposible.

—¿Son jóvenes?

—¿Los invitados?

—Cielos... ¿qué te pasa, Cristina?

—No sé. No creo que me pase nada. ¿No será a ti a quien te pase, Marcos?

—No, por supuesto —y malhumorado—. Está bien. Perdona que te haya molestado. Buenos días, Cristina.

Y colgó sin esperar respuesta.

La joven quedó con el auricular en la mano, mirándolo desesperadamente. Después, muy despacio, lo colocó en el soporte.

Al girar la cabeza con lentitud, la vio.

Los ojillos de abuela Magui tenían como una chispa burlona en el fondo de las pupilas.

CAPÍTULO XII

CRIS quedó cortada.

Avanzó hacia la anciana, como un autómata. Susurró con acento ahogado.

—No sabía que... estuvieses ahí.

—Me lo imagino.

—¿Qué quieres decir?

La dama sonrió beatíficamente.

—Nada, querida. ¿Por qué tenía que decir algo determinado? Claro que... —hizo una pausa estudiadamente— ignoraba que los invitados te impidieran salir. ¿No son invitados de tus padres? ¿O es que estoy yo equivocada?

Cris no podía más.

Estaba al cabo de sus fuerzas, por varias razones. Porque abuela Magui lo escuchó todo; por haberse negado a salir con él, cuando en realidad lo estaba deseando. Porque él cortó rápidamente, sin esperar respuesta, y porque estaba totalmente deshecha.

Por eso, porque en realidad era una niña y no sabía fingir con propiedad, depuso su tesitura y corrió al lado de su abuela, se arrodilló a sus pies y dejó caer la cabeza en el regazo anciano.

Las manos rugosas, lleras de venerables surcos, acariciaron la cabeza desfallecida.

—No llores, Cris —susurró—. No me llores. No hay cosa peor que perder las energías, por medio de un llanto inadecuado.

—Tengo... tengo que llorar.

—No. Hazme el favor de levantar el ánimo. De pensar con el cerebro... dejando a un lado el corazón.

Alzó el rostro. Una expresión patética apareció en sus ojos.

—Le quiero, abuela.

—Ya. No era preciso que lo dijeras. Se nota a mil leguas de distancia. Tanto se te nota, que tu padre me preguntó ayer si te ocurría algo.

Se agitó nerviosamente.

—¿Ellos? ¿Lo notan ellos? ¿Ellos, que parecen tan indiferentes a mis problemas?

—Los padres que aman a sus hijos, nunca están ajenos a lo que les ocurre a estos, querida Cris. Lo que pasa es que piensan que te hacen un buen haciendo que los ignoran. Pero ignorarlo... casi nunca los ignoran, ¿sabes?

—Abuela Magui...

—¿Qué dice él?

—Nada —sollozó—. Nunca dice nada. Quiere estar siempre a mi lado, pero no dice nada.

—Quizá es de los hombres que nunca lo dicen. Quizá para él eres... su novia.

—¡Oh, no! No, abuela Magui. No me considera su novia. Piensa que tengo que estar siempre dispuesta para él, y eso es... terrible. No puedo ser un juguete de sus caprichos, y a la vez no puedo vivir lejos de él.

—Esa es la pena, querida Cris —susurró con ternura—. Eres una niña a su lado. Estos hombres saben demasiado, y si se enamoran se casan, pero si no se enamoran, no se comprometen a nada. Son peligrosos, ¿sabes? Pero lo peor de todo no es eso, sino que este tipo de hombres, es, por desgracia, al que amamos las mujeres.

—Cuéntame algo de tu noviazgo, abuela Magui.

La dama sonrió.

Pensó en su diario. ¡Cuán feliz fue escribiéndolo en aquella época en que los padres casi siempre vivían al margen de las inquietudes de sus hijos, y las abuelas apenas si reparaban en los sentimientos intrincados de los nietos! Para ella, aquel diario fue como un desahogo, como una necesidad.

Las chicas actuales se reían de eso, pero un día, quizá cuando la vida estuviera más avanzada, y como sentido paradójico, la joven volvería a su diario, a escribir en él cuanto sentía y gozaba.

No mencionó aquel diario. Por un puritano temor a la sonrisa escéptica de Cris.

—Lo mío no fue una aventura ni un milagro, Cris. Fue algo muy sencillo, muy bello, muy normal. No teníamos la libertad que vosotros tenéis ahora. No íbamos solas con los chicos de excursión, ni asistíamos a bailes sociales, si no era con nuestros padres. Te quedarás tonta si te digo que tu abuelo me besó por primera vez cuando ya era mi marido. Sí, sí, no me mires con esa guasa. Ya sé lo que pensáis los jóvenes de hoy. Siempre existió el pecado y se cometió aún a través de rejas severísimas. Pero es que nosotros no estamos ahora determinando un sector de hombres o mujeres que existieron en todas

las épocas. Estamos hablando de la muchacha honesta, del hombre honrado, de la vida verdadera sin pecados.

—Te comprendo, abuela.

—Aunque tú creas lo contrario, y muchas de tus amigas piensen como tú, yo te digo, sin desear parecerte anticuada, que aquella vida y la forma de vivirla, era bella. Teníamos una ilusión diferente. Todo era más... ¿cómo te diré? Más sentimental. Había una ilusión indescriptible, cosa que ahora no existe, porque la juventud, o la vida, que se precipita sobre uno como si temiera morir un día cualquiera, lo habéis destrozado. Era hermoso amar a un hombre y saber que lo tenías a dos pasos de ti y solo podía mirarte. Y en aquella mirada tú vivías la fantasía de una verdad que luego te turbaba y te emocionaba de modo tan emotivo, que todo parecía maravilloso y despertaba miles de ilusiones desconocidas, que te encendían el corazón. Ahora, cuando os casáis, ya no hay ilusiones. A veces una pareja se casa, y el matrimonio ya no es una novedad. ¿Comprendes, Cris?

—Sí, abuela Magui.

—No sé qué decirte de Marcos Soria. No le conozco. Solo le veo cuando te acompaña. A través de este balcón atisbo y lo encuentro un hombre correcto que no desea atarse.

—Si no desea atarse... —era como un grito agónico—, entonces, ¿por qué me inquieta? ¿Por qué me turba? ¿Por qué me busca?

—Porque quizá te ama y te necesita y no quiere ataduras, y lucha contra ellas.

—Yo no puedo perder mi juventud... en ese juego tan peligroso.

—Eso es lo que deseaba decirte.

—¿Decirme?

—Sí. Manifiéstaselo así. Así, con claridad, sin subterfugios. Dile que no puedes salir con él, que le amas, pero que no estás dispuesta a seguir un juego cuyo final está solo en él.

—Decirle que le amo —se asustó.

Abuela Magui, con su experiencia, con su sabiduría adquirida con los años, con aquella ternura suya que nacía de lo más profundo de su ser, susurró, sin dejar de acariciar el cabello rojizo:

—Hay mil formas por medio de las cuales una mujer puede indicar a un hombre lo que siente, sin someterse a la humillación de una declaración indebida.

—No sé esa escuela, abuela Magui.

—Tu instinto de mujer te lo dictará. Pero yo quiero decirte antes que tu ignorancia respecto a todo lo relacionado con el hombre y el amor es, créeme, Cris, tu mayor encanto, y Marcos Soria será tonto si no lo ve. Y si es tonto, no te merece.

—Tú me ves así porque eres mi abuela...

—Porque tienes tantos valores acumulados en ti, hijita, que me parece imposible que los demás no los vean. No es que a mí me ciegue la pasión. No tengo más nieta que tú, y no olvides nunca que los hijos de los hijos son como hijos segundos. Pero esto no basta para mí, que soy imparcial para juzgar.

—Me halagas mucho —musitó Cris tibiamente.

—¿Por qué no sales? —preguntó su abuela, sin transición—. ¿Por qué no vas con él?

—Le dije... —titubeó— que no iba.

—Por la tarde, seguro que vuelve a llamar.

—¿Y si no lo hace?

—Sal de todos modos. Ve con tu pandilla. Tendrás un momento para encontrarte a solas con él.

—Y pretendes...

—No. Yo no pretendo nada. Yo lo que deseo es que seas feliz, y la felicidad es cosa tan propia, que solo uno puede buscarla. No esperes nunca que esa felicidad te venga por medio de otra persona salvo la que tú amas y te corresponde.

—¿Qué debo hacer?

—Salí con él, pero... —una pausa; después, suavemente, con una ternura que conmovió hasta el fondo de su alma— no permitas que te bese.

—Abuela.

Y al pronunciar aquel nombre, casi dio un salto en el cojín donde se hallaba sentada.

—Te diré como Campoamor, querida mía. Para un viejo..., una niña siempre tiene el pecho de cristal.

—Pero abuela...

—Es... lo único que te pido, Cris —insistió la anciana dama con grave acento—. No se puede jugar con el amor... de esa manera.

Estaba tan turbada, que no sabía que decir.

Aunque Magui debió suponerlo, porque le levantó la barbilla con el dedo, la miró a los ojos largamente, susurrando:

—Tus padres llegan —dijo quedamente— y los invitados..., que no son tuyos. Sonríe, que tu padre no vea nada en este asunto, y tú... procura

recordarme cuando estés junto a Marcos Soria.

—Sí, abuela Magui. Sí.

Pero no estaba segura de conseguirlo.

Se oían pasos cercanos y las voces de sus padres mezcladas con las de la pareja invitada.

Cris se apresuró a ponerse en pie, y limpiando el rostro con el dorso de la mano, dijo precipitadamente:

—Voy a mi cuarto, o al jardín... No soy capaz en este instante de sostener la mirada de papá.

—Ve, ve...

Carlos Yáñez entró el último. Miró a un lado y a otro, como si presintiera la presencia de su hija.

Abuela Magui, que siguió la trayectoria de los ojos de su hijo, le dijo bajo:

—Se ha ido.

Carlos Yáñez pareció quedarse preocupado, aunque su sonrisa mundana indicaba lo contrario. Pero su madre le conocía lo suficiente para saber que estaba dentro del problema sentimental de su hija.

Quizá por eso, cuando su esposa y los invitados salieron a la terraza, él quedó de pie junto a la anciana dama.

—¿Qué tal?

Abuela Magui se hizo la desentendida.

—Yo estoy muy bien. Este sol que entra por el balcón hace un gran bien a mis piernas.

El caballero se movió impaciente.

—Me refiero a ella.

—¡Ah!

—¿Qué pasa con ese chico que la acompaña?

—No... lo sé, Carlos.

—Salen siempre juntos, me dijeron en el club. Es más, me felicitaron por el noviazgo de mi hija. No me agrada que Cris ande haciendo el tonto, sin saber si el pretendiente lleva intenciones serias con ella.

—¡Bah! Son cosas de jóvenes.

—Son cosas que molestan.

—¿Por qué no hablas con Cris y se lo dices?

—Pienso hacerlo si la cosa se prolonga. No me agrada en absoluto que Cris se pasee con un chico diferente todos los días, pero tampoco con uno mismo continuamente, para que dentro de unos meses me diga que no hay nada formal entre ellos.

—Oye, Carlos, ¿no crees que esas cosas son ajenas a tus opiniones personales?

—Ella es mi hija —se alteró un poco el caballero.

—No lo discuto, querido, pero... el asunto sentimental no es tuyo; es exclusivamente de Cris.

—Mira, mamá: tengo un alto concepto de Marcos Soria. Estos invitados lo conocen. Conocen a su padre, un alto empleado de Hacienda; conocen a sus hermanos, todos muy respetables. Marcos Soria no tiene historia ni pasado, ni nada que le impida formalizar unas relaciones. Evitaré que Cris sufra.

—¿Y si sufre ya, Carlos querido? ¿Vas a inmiscuirte tú en una cosa que quizá solo ella y Marcos Soria pueden arreglar?

—¿Cuál es mi deber?

—Mantenerte al margen —decidió la anciana dama con energía—. Eso es lo que pienso. Los hombres serios no se comprometen a la ligera. Hay que esperar, y los sentimientos ni se venden ni se compran. ¿Qué deseas? ¿Que Marcos se comprometa formalmente con tu hija, solo porque tú opines que no se puede jugar, y luego la haga infeliz?

—Eso no.

—Bien, Pues espera.

Leonor Yáñez llamaba a su esposo desde la terraza.

Este se inclinó hacía su madre y dijo bajo:

—Dale buenos consejos, mamá. Como tú sabes darlos.

CAPÍTULO XIII

E NCONTRÓ a Felipe Apilánez y a Víctor Alba a la entrada del club. Ambos la situaron en medio, y con la máxima galantería, la acompañaron.

—Estos días —reprochó Felipe suavemente— no has venido.

—El jueves estuve aquí bailando con vosotros —se apresuró a decir, pues no quería que ellos pensasen que acudía aquella tarde por Marcos Soria.

—De todos modos —apuntó Víctor—, te echamos de menos el viernes. Para nosotros, que faltes un día, resulta inquietante.

—Eres muy amable.

Los tres penetraron en el salón casi familiar de aquel edificio.

Ella vestía un modelo de seda natural, de un color indefinido, más bien oscuro, estampado. Muy descarado, sin mangas, ajustado a su esbelto cuerpo. Por los hombros una chaqueta de fina lana blanca, y calzaba zapatos altos, de tiritas, de color blanco, igual que el bolso. El cabello rojizo lo peinaba sencillamente, formando una corta melena, lacio y sin cardar, un poco echado hacia atrás, despejando el moreno y exótico óvalo de su rostro.

Resultaba muy linda, dentro de aquel atuendo sencillo y veraniego.

Juntos atravesaron el salón hacia su pandilla, que, en torno a una mesa, junto a la cristalera, hablaban todos a la vez.

Estaban todas sus amigas, incluyendo a Olga con su novio. León Tuero y Esteban Egusquiza, discutían con Mabel y Beatriz. Al verlos llegar a ellos, los hombres se levantaron presurosos. Contemplaron a Cristina con admiración. Era la chica más bella del grupo, y la verdad es que les daba mucha rabia que la llevara un desconocido, pues para ellos, Marcos Soria era como si lo fuera.

—Aquí, Cris.

—No, aquí.

—Tu asiento, Cris.

Todos querían tenerla al lado, aprovechando que Marcos Soria estaba ausente.

Ella se dio cuenta inmediatamente de llegar, de que Marcos Soria no estaba allí. Ni la había llamado, ni parecía dispuesto a hacer acto de presencia.

Se mordió los labios.

Sentóse allí mismo, sin mirar dónde. ¿Qué más daba? Ninguno de aquellos chicos le interesaba, excepto como amigo.

—¿Sabes qué estamos organizando? —preguntó Samuel—. Una excursión a la isla. Será divertido. Nos iremos el domingo a primera hora, llevaremos la comida y estaremos allí todo el día, hasta el anochecer. Cada pareja irá en su balandro.

—No sé si podré ir.

Ya sabía que no iría.

No. Buscaría un pretexto. ¿Para qué crearse más inquietudes?

Encontró los ojos de Olga como preguntando calladamente: «¿No te ha llamado?». Ella respondió del mismo modo: «No».

Olga hizo un gesto, como diciendo:

«Quizá es mejor así».

—Tienes que poder —dijo Felipe inclinándose hacia ella, ajeno totalmente al mudo lenguaje de los ojos de las dos—. ¿Por qué no has de acompañarnos, si será una excursión marítima fantástica?

—No he dicho que no iría, Felipe. Dije que no sabía si podré ir.

—Pues tienes que hacer un poder.

—Ya lo discutiremos mañana —apuntó Esteban—. Ahora creo que hemos de bailar —se inclinó hacia Mabel—. ¿Bailamos tú y yo?

Un tocadiscos, no se sabía dónde, hacía sonar unas piezas bailables muy rítmicas. Y varios micrófonos, colocados a través de todo el salón, permitían recibir con nitidez aquella música.

—¿Bailamos tú y yo, Cris? —preguntó Felipe.

Estaba deseando aturdirse.

Mejor que él no volviera. Ojalá no formara más parte del grupo. Después de todo, ¿no era una bárbara inquietud tenerlo cerca, y saber que estaba tan lejano?

Se puso en pie. Fue hacia el medio de la pista, con Felipe. Bailaron durante un buen rato.

En una de las vueltas lo vio en la puerta. Erguido, raro, mirándola.

No había expresión definida en sus ojos. Más bien una ausencia total de cuanto veía. Vestía un traje gris muy claro, de tela veraniega. Tenía un cigarrillo entre los labios y fumaba despacio, expeliendo el humo por la nariz.

A Cris empezaron a temblarle las piernas. Nerviosísima, pensó en el momento de regresar a la mesa y encontrarse con él.

Pero no fue preciso.

Así como lo vio aparecer, así lo vio girar sobre sí mismo, dar la vuelta y perderse en el pasillo.

«Irás al bar y volverá luego», pensó con súbita inquietud. Pero cuando regresó junto a sus amigos, Marcos no apareció nuevamente.

Olga pudo conseguir un aparte.

—¿Lo has visto?

—Calla.

—Estás muy pálida.

—Calla, te pido.

—Se conoce que le pareció mal que bailaras con Felipe.

Se irguió, un poco desafiante. Miró a Olga de frente y esta sonrió sarcástica.

—Es un buen método, Cris. Acabo de verlo.

No lo quería. ¿Darle celos o pretender dárselos? No iba con su modo de ser. Lo encontraba mezquino y absurdo. No era ella mujer que jugara con los sentimientos.

Dijo rotunda:

—No haré eso jamás.

—Es una forma...

—Para mí, no —cortante—. Nunca la adoptaré como una solución. Si existe el problema, tendré que dilucidarlo sola y de otro modo. Así... sería mezquino e indigno de mí.

—Es un arma —opinó Olga asombrada— que esgrimimos las mujeres cuando nos conviene.

—Yo no.

Y como era Esteban el que la sacaba a bailar, se fue con él con la mayor naturalidad, porque consideraba que era libre, que no la ataba lazo alguno a Marcos, pero no por darle celos a este.

A las nueve de la noche, antes de que terminara el baile, se despidió de ellos. Todos protestaron.

—Tenemos invitados —dijo resuelta—. No puedo esperar más.

Los hombres se pusieron todos en pie.

—Te acompañamos.

No quería.

Deseaba ir a pie sola, bajo las estrellas, hacia su casa. Necesitaba estar sola y pensar. No sería capaz de soportar, ni mucho menos de sostener una conversación con ninguno de aquellos hombres.

—Lo siento. Prefiero ir sola.

Ella era así. Clara como el agua, por eso resultaba tan penosa una conversación con Marcos, siendo como era este, tan poco claro.

* * *

Inmediatamente de salir, lo vio allí, en la terraza del club, apoyado negligentemente en una columna de cemento.

Al verla se enderezó un poco. Giró sobre sí mismo para quedar frente a ella, que pasaba en aquel instante a su altura.

Otra, hubiera seguido indiferente su camino. Cris, no. Se detuvo. Lo miró de frente, a través de la tenue claridad que despedían los faroles de la terraza.

—Hola —dijo él.

—Hola —replicó ella.

—¿Ya te retiras?

—Sí.

—Te vi bailar y no quise interrumpirte.

—Ya.

—¿Me viste tú?

¿Por qué iba a negarlo?

—Sí —dijo amablemente.

Echaba a andar. Él emparejó con ella, como la cosa más natural.

Lo normal hubiera sido que le dijera que la acompañaba. Pues no, no se lo dijo. La acompañó. Ambos bajaron casi a la vez los tres escalones hacia la calle. Se perdieron bajo la frondosidad de los árboles, a través de la llamada «Avenida de los tilos».

—¿Cómo es que no saliste por la mañana?

No había hipocresía ni subterfugio. Era una pregunta sencilla que no ocultaba doblez.

—Ya te hablé de los invitados de casa. Por eso me retiro antes que ellos.

—¡Ah! —un silencio. Después—. ¿Jóvenes?

—Si fueran jóvenes saldrían conmigo al club.

Él rio. Era la risa del Marcos Soria de siempre. Cordial, francota, sencilla. Y lo peor de todo era que ella empezaba a saber que no era franco, ni cordial, ni sencillo.

—Tienes razón —dijo al fin—. ¿Qué hay de esa excursión? Dicen que el domingo se van a la isla bien temprano.

—Yo no —rotunda.

—¿Tan segura estás de lo que harás el domingo?

—Por supuesto.

¿Había tirantez en sus frases, en la forma de mirarse, casi a hurtadillas? No. Era una conversación simple, que bajo su simplicidad, ocultaba un montón de emociones encontradas. Hacía ocho días que no se veían, y de repente, entre ambos parecía nacer una mayor cordialidad. Y lo cierto es que Cris no supo por qué nacía... aquella.

—Yo tampoco iré —dijo él al rato—. No me interesan esas excursiones por mar. Si he de decirte verdad, soy un poco tímido ante el líquido elemento.

—Yo no es por eso.

—¿Hay alguna razón especial?

—No sé. Puede que la haya, pero yo lo ignoro. No me apetece ir y no iré.

—Podemos ir los dos por ahí. Conozco un merendero en la carretera, que va a Madrid. A unos treinta kilómetros de aquí. Está cerca de una playa enorme. Es muy agradable.

—Ya veremos.

Un silencio. Ya se divisaba el palacete. Todas las luces del salón estaban encendidas. Cris pensó con desaliento, que aquella noche, sus padres tendrían más invitados.

Era lo que más la imponía. ¿Sería ella una ermitaña? Le cargaban los amigos de sus padres, y lo peor era, que casi siempre comían en casa algunos de aquellos.

—Tus padres han regresado —dijo él sin preguntar.

—Sí.

—¿Hace muchos días?

—Tú te fuiste el lunes, me parece.

—Sí.

—Pues ellos regresaron el miércoles.

—Ya.

Era una conversación un poco absurda, dado que, sin duda, tenían un montón de cosas que decirse.

Ella se quedó junto a la verja.

—Buenas noches.

Marcos dijo bajo.

—¿No es muy pronto?

—¿Pronto?

—Temprano.

—Ah, no. ¿Qué hora es?

Marcos acercó el reloj de pulsera a un rectángulo de luz que partía del salón y se filtraba a través de los arbustos.

—Las nueve y veinte —se echó a reír—. Tardamos veinte minutos en hacer el recorrido —de súbito extrajo la pitillera del bolsillo—. ¿Fumamos aquí un cigarrillo?

Ella titubeó.

—Siempre me dices que fumo mucho...

—No te vi fumar en toda la tarde.

—¿Me estuviste mirando todo el tiempo?

Él pareció cortarse un poco.

—Sí.

—Ah.

CAPÍTULO XIV

SOLO eso. Como un autómeta asíó el cigarrillo y lo llevó a los labios. Marcos se apresuró a acercarle el mechero encendido. A través de aquella suave llama, sus ojos se encontraron. Fue un segundo. Los dos parpadearon a la vez. Él no pudo evitar que sus dedos tomaran los de Cris. Los sostuvo entre los suyos de modo extraño, turbándola e inquietándola más.

Y quizá para desvanecer aquella sensación, susurró bajo:

—Supongo que habrás encontrado bien a los tuyos.

Rescataba sus dedos al hablar. Marcos los dejó escapar.

Contestó como un autómeta:

—Sí, por supuesto.

—Tu padre está bien...

—Magníficamente. Dijo que vendría un día cualquiera a hacerme una visita —se echó a reír con desenfado, como si pretendiera desvanecer un nerviosismo oculto—. ¿No sabes? Le hablé de ti... Resulta que es muy amigo de tu padre.

—¿Amigo de papá?

—Por supuesto. Lo que ocurre es que tu padre seguramente no lo asocia como padre mío, porque entre los amigos, papá tiene un apodo.

—¿Un...?

—Le llaman «tuerto», con el mayor descaro. Jamás le llaman por su nombre.

—No comprendo...

—Es que mi padre usa lentes ahumados para ocultar su estrabismo.

—Ah.

Marcos volvió a reír, al tiempo de apoyarse negligentemente en la verja, casi pegado a ella.

—Son compañeros de casino. Papá pertenece al cuerpo de Hacienda, y tu padre es íntimo suyo, pero, repito, le llaman «el tuerto».

—¿Y no se enfada?

—Entre amigos íntimos todo cae bien. Papá está tan habituado a eso que cuando le llaman Marcos (se llama como yo o mejor dicho me llamo yo como él), a veces ni se da cuenta de que se refiere a él. Eso es solo entre amigos ¿eh?

—Ya.

—Mi hermano el menor ya tiene novia formal y el segundo piensa casarse este invierno con lo que mi padre está como unas castañuelas. Dice que está harto de ven tanto hombre soltero en casa.

Habían pues de hablar.

De repente, ella tiró lejos la punta del cigarrillo.

—Se me hace tarde —dijo mostrando el reloj. No quiero que estén esperando por mí para comer.

—Falta un cuarto de hora para las diez. No creo que en tu casa coman tan temprano.

Ella ya lo sabía. Su padre, o cenaba fuera con su madre, o no se sentaba a la mesa hasta las diez y media.

—¿Por qué no pasamos a sentarnos un poco en un banco del jardín?

Ella se estremeció. No esperaba aquello.

Titubeó un segundo, y después, como un autómeta, empujó la verja. Dijo con tenue acento.

—Pasa un rato. Aquí cerca, junto a la glorieta, tenemos un banco de madera.

Marcos pasó detrás de ella y cerró por sí mismo. Caminaron a través de la casi total oscuridad.

Fue así, a lo simple, cómo él la asió del brazo. Cris tropezó en algo, se tambaleó. Marcos la sujetó en su costado. Después no la soltó. La apretó así, contra él.

—Suelta —pidió ella con acento ahogado.

Marcos no dijo una sola palabra. Su mano soltó el brazo, pero le rodeó la cintura.

—¿Qué haces? —preguntó ella sofocada.

Marcos no sabía lo que hacía. Sabía únicamente que estaba allí con ella y que necesitaba besarla.

Cristina hubiera gritado, dicho miles de cosas, pero lo cierto es que quedó así, paralizada, sin poder abrir los labios. Sus ojos empezaron a parpadear, y sofocada, solo sabía decir:

—¿Qué haces? ¿Qué haces?

Pero Marcos seguía besándola. En plena boca. Con esa habilidad fogosa, apasionada y quizá un poco calculada, del hombre que está de vuelta de todo.

—Suelta...

Era como un gemido.

Marcos separó los labios, pero los dejó presos en la comisura izquierda femenina, y así, con una ternura honda que nadie sabría analizar ni enjuiciar, que la inmovilizaba a ella, que lo encendía a él, permaneció varios segundos.

—Suelta —pidió ella—. Por favor...

—No quieres.

No preguntaba. Su forma de hablar tenía una rara intensidad.

—Es tarde...

Pero no podía separarse de él. Estaba perdida en su pecho y tenía las dos manitas colocadas en su pecho. Él la apresó una. Se la oprimió con ansiedad.

—Te eché de menos...

Era una voz bronca, honda.

¿La echó de menos? ¿Cómo era posible que echara de menos a una amiga, si ella solo era eso?

¿O era otra cosa? ¿Es que Soria la consideraba su novia, o creía que ella era un juguete que jugaba a dejarse besar por los hombres?

—Te pido... que me sueltes.

—Me cuesta...

—Te ruego...

La dobló de nuevo contra sí. Buscó sus ojos. Cris parpadeaba sin cesar.

—Eres una chiquilla deliciosa —murmuró sobre sus labios.

Y otra vez, como una necesidad interior, contra la que no podía o no quería luchar, buscó sus labios. Los besó largamente. Ella se agitó. Le empujó tímidamente con las dos manos.

No pensó en su abuela, ni en Olga, ni en nadie. Solo aquel temor, aquella turbación que la empujaba a huir.

Lo hizo.

Quedó apoyada contra, el tronco de un árbol, casi frente a él. Marcos la miraba insistente.

—¿Por qué? —preguntó ella con voz ahogada.

—¿Por qué, qué?

—Eso te... te digo yo.

—No te hagas preguntas.

—Tengo que hacerlas.

Y su voz sonaba ahogada y trémula.

Como él no dijera nada, Cris volvió a susurrar con trémolos en la voz.

—Sí, sí... tengo que preguntar.

—Necesidad...

—¿Necesidad?

Él afirmó con un breve movimiento de cabeza.

Cris se sofocó. Tenía las dos manos juntas, engarzados los dedos, estrujados más bien unos contra otros.

—¿Sacias siempre tus necesidades?

—Cuando sé que sé comparten.

—Y sabes que yo...

No la dejó terminar. Dijo bajo, con vibrante acento.

—Lo sé.

—Y sabiéndolo... me turbas así.

—¿No estoy yo turbado? Ven, es temprano... No te vayas.

Ella retrocedía paso a paso, perdiéndose tras el árbol.

—Cristina...

Era como una llamada anhelosa.

Ella se detuvo. Pero después, como pesándole los pies, retrocedió.

—No tienes derecho.

—¿No? ¿A qué tengo derecho?

—A esto... no.

—Entras en uno y lo arrollas todo. ¿Sabes que cuando voy a Madrid corro las grandes juergas, y esta vez permanecí al lado de mi padre hablándole de ti?

—Novedad.

—Necesidad.

—Por favor, Marcos... vete ya.

—Te tiembla la voz.

Sí, le temblaba. La voz y toda ella, y no quería.

Se abrazó al árbol. Sus brazos parecían crisparse y relajarse simultáneamente.

Él avanzó y se quedó junto al árbol. Sus dedos fueron a tocarla, pero Cris los bajó rápidamente.

—No seas tonta...

—¿Son tontas todas las chicas para ti?

—No, no. Pero sí eres tonta, eres deliciosamente tonta, por negarte a algo que necesitamos los dos.

—Yo no.

—¿Estás segura?

—Sí, sí.

Pero no lo estaba. Bien sabía que no.

—Hasta mañana —dijo sofocada.

—¿Qué vas a soñar?

—Nada.

—Será como una necesidad.

—No quiero esa necesidad.

—Pero la sientes.

Es lo que no quería. Sentirla.

¿Qué se proponía él? ¿Qué sentía? ¿Qué pensaba? ¿Qué tenía decidido con respecto a ella?

—Buenas noches —susurró precipitadamente.

Él asió su mano.

—Deja...

Pero él no hacía caso.

—¿Vendré mañana a buscarte?: Podemos ir juntos a la playa.

No, no quería. Tenía miedo de aquella proximidad.

—No sé... no sé... si iré.

—Irás. ¿Por qué no? ¿No tienes caseta allí? ¿No vas siempre?

Hablaba muy cerca de su rostro. Quiso huir, pero algo la paralizaba allí. Quedóse muy quieta, respirando fuerte, durante un largo segundo.

Luego Cris dio un salto y se perdió en la oscuridad del jardín.

—Cris —llamó él quedamente—. Cristina.

Silencios.

Vio su silueta llegar a lo alto de la terraza y quedarse allí unos segundos erguida, como paralizada.

Él permaneció inmóvil. Después, al verla desaparecer en el interior de la casa, giró sobre sus pies y se perdió despacio en la avenida de los tilos.

Cris encontró a su abuela en el vestíbulo.

Sintió el análisis de sus ojos, con fuerza en su ser. Sintió al mismo tiempo la sensación de que lo sabía todo. Huyó de su mirada.

—Le has visto —dijo la anciana dama sin preguntar.

Solo asintió. Brevemente.

Y pasó ante su abuela casi corriendo.

CAPÍTULO XV

No se citó con él, y, sin embargo, supo que lo encontraría en la playa. Creyó que podría salir sin ser vista. Desde el día anterior, sabía que los ojos de su abuela, la seguían escrutadores. ¿Es que abuela Magui, de repente, perdía la confianza en ella? ¿Qué creía? ¿Qué se había vuelto loca por un hombre hasta el punto de no razonar?

Estaba razonando.

¡Unos besos!

Sí, eran como pecados... pero ¿los cometió en su cuerpo? ¿No fue su alma la pecadora? ¿Puede pecar el alma? No, la de ella, no.

Llevaba la bolsa de baño colgada al hombro. Se deslizaba por la puerta de la terraza con la esperanza de no ser vista. Eran las diez y media de la mañana. Su madre se levantaba tarde. Los sintió, además, en el salón, hasta bien entrada la madrugada con los amigos invitados y otros de la ciudad que se les reunieron.

Ella no podía soportar aquella reunión, por eso pidió permiso para retirarse, y su padre se lo concedió.

Se cerró por dentro. Se hizo la dormida. Temió que su abuela fuera a indagar. Fue, pero se limitó a llamar a la puerta, y ante la muda respuesta, se retiró a su aposento.

«Pero me preguntará hoy, estoy segura, pensaba con obstinación. Y no quiero. No quiero ni puedo hablar de esto. Tengo miedo hasta escucharme a mí misma».

Se deslizó hasta la terraza. Quedó como paralizada. Su padre estaba allí. Nunca madrugada, y, sin embargo... estaba allí.

¿Por verla a ella?

Dio a su rostro una expresión simple.

—Buenos días, papá.

El caballero, que fumaba apoyado en la balaustrada, vistiendo pantalón gris de tergal y camisa blanca arremangada hasta el codo, dio la vuelta rápidamente, como si solo esperara aquel saludo.

—Ah —la besó en la mejilla por dos veces— eres tú. Te esperaba.

Le temblaron las piernas.

—¿Sí?

Y su voz parecía simple y ausente.

Carlos Yáñez le pasó un brazo por los hombros.

—¿Quieres que vayamos al *living*? ¿O prefieres que te acompañe hasta el garaje? Porque supongo que irás a sacar el auto.

—No.

—¿No?

—Voy a la playa.

—Ah —y después de una corta pausa—. ¿A pie?

—Esta mañana me siento como un peatón. Iré en autobús.

—¿Y esa novedad?

—Iré por casa de Olga.

No era cierto.

Pensaba ir a la playa directamente. Tenderse al sol, cerrar los ojos y mantener el cerebro vacío hasta que... ¿Hasta qué su subconsciente se lo dijo?.

«Hasta que llegue él, y llegará después de dejar el sanatorio, que será precisamente a las doce del día».

—¿Por casa de Olga? ¿Es que de repente las dos os habéis convertido en peatones?

No supo qué contestar.

Carlos Yáñez, que aún era joven, pues no sobrepasaría los cuarenta y siete años, comprendía ciertas cosas. Sabía mucho de tales cosas y prefería desmenuzarlas, porque se referían a su única hija, su ídolo, aunque Cris creyera que sus padres, debido a sus múltiples compromisos sociales, vivían muy al margen de sus problemas íntimos.

—Ven —dijo— te acompañaré hasta la verja.

—No... no te molestes, papá.

«Quiere escapar de una conversación íntima conmigo, pensó el caballero. Pues no. Ya no más huidas. Hay que abordar el asunto y pienso hacerlo ahora mismo».

Pero no lo hizo inmediatamente. Se diría que temía encontrarse con una barrera.

—Estás más delgada, ¿no? —preguntó de pronto.

Cris, que iba a su lado, sintiendo el peso de su brazo en sus hombros, no se detuvo, al contrario, se diría que apresuró el paso.

—No... no creo. Peso como siempre.

—Entonces será el moreno subido de tu rostro.

—Quizá... quizá...

—Cristina.

Ella se detuvo. No se atrevió a levantar los ojos.

—Sí... dime, papá.

—¿Estás... enamorada?

¿Negarlo?

¿De qué iba a servir, con un hombre como su padre, que penetraba en los rincones más abstrusos de su ser?

—Sí.

—¿Mucho?

Titubeó.

—¿Mucho, Cris?

—Mu... mucho.

—¿Y él?

Se agitó. Volvió a caminar.

—Cris, te hice una pregunta. Las mujeres siempre sabéis esas cosas.

Ella dijo lo primero que se le ocurrió, como recurso para evitar una pregunta.

—Ayer me dijo Marcos que eras muy amigo de su padre.

Como esperaba, su padre se desconcertó.

—¿De su padre? ¿Cómo se llama? No recuerdo tener un amigo que se llame Soria.

—Pero «tuerto» sí.

Carlos Yáñez lanzó una exclamación.

—«¿Tuerto?». ¿Es Marcos Soria hijo de «Tuerto»?

—Sí.

—No es posible.

—Sí, papá. Y creo que tú eres muy amigo...

—Tanto lo somos —dijo él como si olvidara su preocupación— que nos tuteamos, y durante el invierno jugamos juntos la partida todos los días. Claro —rio—. Soria, En efecto, y además se llama Marcos también. ¿Cómo no me di cuenta? —de repente se puso grave otra vez—. Pero eso no implica para que yo siga pensando que no me agrada que salgas con un hombre, por muy amigo mío que sea tu padre de quien ignoras sus sentimientos.

—Pero, papá...

—Ya sabes que nunca me inmiscuí en tus cosas. Esto es distinto. ¿Qué relación os une a ti y a ese hombre?

Lo dijo. No quería decirlo, pero lo dijo, ella, que jamás había pronunciado una mentira ante el autor de sus días. Y es que no podía soportar la idea de verse alejada de Marcos Soria.

—Somos novios, papá.

El caballero se desconcertó.

—¿Novios?

—Sí.

Hubo un silencio. El rostro paterno se dulcificó.

—Siendo así... nada tengo que objetar —la apuntó cariñosamente con un dedo—. Te advierto que me gusta para yerno un hijo de «tuerto» —y riendo añadió—. No me explico cómo permite que le llamemos así. Claro que es entre los íntimos. Te diré que se trata de una gran personalidad social, política y económica. Me agrada, sí. Este invierno en Madrid, nos alegraremos los dos. Está bien, Cris —añadió sin transición—. Ya no tengo nada más que decirte. Vete a la playa.

Le dio un beso. Se fue temblando.

¿No había sido demasiado ligera? ¿Qué diría Marcos si llegaba a enterarse? Claro que no se enteraría. ¿Por qué, quién iba a decírselo? Su padre iba poco por el club y se pasaba la vida viajando o con sus invitados y su madre. Claro que... Se mordió los labios.

Por nada del mundo hubiera querido que aquella mentira llegara a oídos de Marcos. Se reiría de ella.

Empezó a roerle una gran inquietud, una preocupación indescriptible...

* * *

Estaba tendida en la arena cuando le oyó llegar.

Al principio creyó que era Olga y levantó la cabeza con presteza. Pero al verlo a él, parpadeó, enrojeció y se turbó hasta lo indecible.

Él se hizo el tonto.

Sin decir palabra entró en la caseta, y desde allí oculto por el toldo, gritó:

—Salí sin terminar mi trabajo. Hacía un calor insoportable y no tuve deseo alguno de asarme allí. Por la tarde tendré que hacerlo. No podré pasar a recogerte hasta las ocho.

Por lo visto daba por descontado que ella tendría que esperarle en casa. Y supo que, pese a lo que pensaba en aquel instante, iba a ser así.

—¿Hace mucho que me esperas?

Se estremeció. ¿Lo esperaba?

Claro que lo esperaba. Pero él no tenía por qué decirlo con tanta naturalidad. Pensó en protestar, pero se encontró diciendo con vocecilla tenue.

—Desde las once.

Marcos salió de la caseta cubierto tan solo con un taparrabos azul. Moreno, velludo, poderoso, se tendió a su lado.

—Una hora —dijo bajo, apoyando la cabeza en su propio brazo y mirándola largamente a través de las gafas ahumadas—. No es mucho.

—Quítate eso.

—¿Eso?

—Las gafas.

Él rio. Se las quitó.

Sus ojos, quizá sin él mismo proponérselo, la recorrieron de pies a cabeza, resbalando su mirada como si la despojara del maillot blanco.

Cris pidió sofocada.

—No me mires así.

—Ah, perdona.

Pero seguía mirándola.

—¿Estarás sola toda la mañana?

—A la una y media tengo que volver.

—Te llevaré en mi auto. Creí que no estabas. No vi el tuyo por ahí.

—Vine en el autobús.

Él volvió a reír. Tenía una risa jovial, pero a la vez algo enigmática.

—No rías así —pidió ella.

—¿No te gusta?

—Me... me...

—Dilo.

—Me desagrada.

Estaban muy juntos. Los dos boca abajo. Marcos solo tuvo que alargar la mano para tomar sus dedos, los de ella.

—¿Qué... haces?

—No sé. Me gusta tenerlos entre los míos.

Y los cerraba allí, con cálida ansiedad.

Ambos debían tener presente lo ocurrido la noche anterior, pero ninguno de los dos lo mencionaron. Ella por pudor, él por evitarle una violencia. Pero era delicioso tener aquel secreto común.

—Suelta...

No lo hizo.

Le separaba los dedos y se los besaba uno por uno.

—Te pido...

Él reía besándoselos. También le besó la palma abierta. Largamente, con los labios abiertos, y fue peor que si la besara en la boca, en la oscuridad del jardín.

Ya no intentó rescatarlos. Quedó inmóvil, sintiendo el cálido sol sobre sus espaldas, la cabeza apoyada en los dos brazos cruzados que descansaban sobre la arena, y por debajo de uno de aquellos brazos, Marcos asió sus dedos, perdiéndolos entre los suyos, sobándolos, besándolos de vez en cuando sin poderlo evitar.

¿Qué era aquello?

Quien quiera que los viera, podía suponer que se trataba de una pareja enamorada, intensamente enamorada, y ella aún pensaba, como si le asaltara un agudo dolor, con una inquietud indescriptible, que para él era solo un entretenimiento.

—Para el mes próximo —dijo él de pronto— vendrá mi cuñada y mi hermano.

—¿Aquí?

Era como un sofoco.

—A pasar conmigo quince días.

—Ah.

—Te los presentaré.

¿En calidad de qué? ¿De amiga del alma a la que... se besa?

—¿Son... felices? —preguntó a lo tonto.

—Mucho.

—Se aman —dijo sin preguntar.

—Tanto, que empalagan.

—Es bonito amarse así.

Marcos oprimió sus dedos. Al rato murmuró.

—Es que para no amar así, vale más no casarse.

—Yo vi siempre la felicidad en torno a mí. Mis padres me amaron siempre —su voz resultaba soñadora—. Por nada del mundo me casaría con una duda. Tendría que amar intensamente.

—¿Amarás así?

—Sí —vacilante.

—¿Cómo?

—Así, hasta la muerte. O no amaré nada y me quedaré soltera.

—Me amas a mí —dijo él quedamente.

¿Lo sabía y la escarnecía así con la duda?

Rescató su brazo. Lo hizo con cierta precipitación, y con la misma se puso en pie.

—Voy... voy a bañarme.

—Cristina...

—Voy... a bañarme —dijo fuerte, muy fuerte, como si fuera a echarse a llorar.

Y huyó.

Él se quedó donde estaba.

CAPÍTULO XVI

ALGUIEN llegó corriendo.

—Doctor, doctor...

Él, que iba a seguir a Cris, se detuvo en seco. Giró la cabeza.

Era un criado del sanatorio.

—Doctor, vengo a buscarlo.

Frunció el ceño. Miró con ansiedad la silueta que ya llegaba al borde del agua.

—¿Qué pasa, Miguel?

—Hubo un accidente en las afueras y llegaron dos heridos graves. Tiene que venir en seguida.

Se olvidaba de todo cuando tocaba la hora de cumplir con su deber profesional.

Precipitadamente se vistió y siguió a Miguel a través de la playa. Cuando empuñaba el volante, se acordó de que no dejó un papel a Cris, advirtiéndole de su forzada partida.

«Ya la llamaré por teléfono».

Y siguió su camino.

Cris, desde la orilla. Lo vio marchar. Se tiró al agua. Sus lágrimas se mezclaron con el agua del mar. Sintió rabia y dolor. Se gozaba en poner en evidencia sus sentimientos y después... se iba. Era un escarnio.

Una hora después, lentamente, como si midiera los pasos, regresó a la caseta y como un autómatas se vistió.

No lo vio en todo el día.

Oyó hablar del accidente y lo lamentó por lo que significaba, pero no lo asoció a la ausencia de Marcos.

Salió por la tarde. Y haciendo un gran esfuerzo bailó en el club con los chicos de la pandilla. Recibió la undécima declaración de amor de Felipe. Pero nunca podría amarlo.

Si Marcos no apareciera en su vida... Pero estaba en ella. Metido hasta el cuello. No era posible empujarlo y sacarlo de allí.

Pero no tenía derecho a comportarse así con ella. La besaba, le decía cosas inquietantes y luego se iba tranquilamente y no aparecía en toda la tarde.

Regresó a casa a las nueve. Aún tenía la esperanza de verlo allí, junto a la verja, o a la salida del club.

No estaba.

Olga, que salía con ella, debido a que Samuel se había ido a Madrid por asuntos de la matrícula de sus estudios, se le quedó mirando interrogante.

—¿Qué le ha pasado hoy a tu enamorado?

Se alzó de hombros. Parecía que sentía indiferencia, pero Olga la conocía lo suficiente para saber que no era así.

—Debieras alejarlo de tu vida. No se puede jugar así con una chica... como él juega contigo.

Cris no dijo nada.

—¿No juega, Cris?

No tenía por qué fingir con Olga. Era su mujer amiga. Nunca hubo secretos entre ellas dos.

—Juega.

—Mándalo a paseo.

—Así... pudiera.

—No me llores. Hazme el favor de ser valiente. Piensa que otros hombres...

Se volvió hacia ella con cierta violencia.

—¿Serías tú capaz de pensar en otro, si Samuel te hiciera faenas?

Olga hubo de negar con la cabeza. En alta voz murmuró:

—No, no sería capaz. Las mujeres somos tontas. Tontas de remate.

—Por eso yo no puedo remediarlo.

—Es verdad.

Llegaban ante la casa de Olga.

—¿Quieres que vaya a dormir a tu casa? Quizá necesites hablar.

Lo necesitaba, pero no quería hablar más. Tenía que rumiar sola su pena y su decepción.

—Te ha vuelto a besar —dijo Olga sin esperar respuesta.

Cris se mordió los labios. No respondió.

—Es lo que no me explico. Sabe bien que eres una chica formal, y jugar así... Marcos Soria no es un niño ni un sádico. Es un hombre sensato y formal y correctísimo. ¿Sabes lo que pienso, Cris?

—No me lo digas.

—Es que debo decírtelo, porque quizá así tranquilice tu inquietud o la ahuyente.

—Deja eso. Háblame de ti. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Nos vimos ayer.

—Entre todos. Rodeados de mirones y oyentes. Ellos se callan, pero todos piensan que estás prometida a él.

—Eso es lo peor.

—¿Qué ellos lo piensen?

—Que yo se lo haya dicho a papá para evitar intromisiones molestas.

Olga, que ya así la verja de su palacete, se quedó con los dedos tensos.

—¿Qué dices?

—Eso —y brevemente refirió la conversación sostenida con su padre—. Terminé por decirle que éramos novios, y papá se lo dirá a cualquiera el día menos pensado, llegará a oídos de Marcos, y puedes imaginarte mi ridículo.

—No debiste hacerlo.

—¿Qué querías —se alteró, ella que jamás se alteraba por nada— que soportara los comentarios de papá, las preguntas íntimas, los reproches?

—Pero...

—Ahora ya está. No puedo remediarlo.

—Háblale otra vez.

—¿Para quedar en ridículo ante él? ¿Para que me impida ver a Marcos?

—De todos modos tendrás que dejar de verle. No puedes seguir en esta incertidumbre, y si no... pregúntale a él qué es lo vuestro.

—¡Oh, no! —se agitó—. Jamás me atrevería.

—Estás en un callejón sin salida.

Ella ya lo sabía.

Aspiró hondo. Hacía mucho calor, o ella sentía un insufrible sofoco en el rostro.

—Buenas noches, Olga.

—¿No quieres que vaya?

—No. Prefiero estar sola —y con desgana—. Ya ves, hoy estábamos en la playa, y cuando yo me fui a bañar... él se fue también, pero en sentido inverso, después de vestirse. Se conoce que yo le canso. Al fin y al cabo... soy una niña para él.

—Pues no sé por qué te acompaña siempre.

—Será un juego apasionante para un hombre de su edad y profesión.

—Eso tampoco. No me parece Marcos de esos.

—Buenas noches, Olga.

—Aguarda.

—¿A qué? ¿No nos lo hemos dicho ya todo?

Se alejó sin que Olga se atreviera a retenerla.

Al llegar junto a la verja, miró en todas direcciones. No estaba allí. Ya no había más que esperar. Ella era solo un instrumento.

Entró en la casa. Sus padres se hallaban ausentes. Quizá llevaron de comer a sus invitados a un restaurante de moda.

Una doncella le salió al paso cuando ella entraba.

—Se me olvidó decirle, señorita, que llamó el doctor Soria.

El corazón empezó a golpearle.

—Lo hizo ya este mediodía, pero a mí se me olvidó.

¿Cómo era posible que a nadie pudiera olvidársele una cosa así? No pudo reprimir la ansiedad. Inclínose un poco hacia la fámula. Preguntó anhelante.

—¿Qué... qué dijo?

—Que tuvo que dejarla sola en la playa debido a un accidente... Lo fueron a llamar del sanatorio. Los heridos son graves, y le pedía mil disculpas por no poder recogerla por la tarde. Dijo que... le llamara usted a la tarde — bajo la mirada de Cris, la doncella se puso muy nerviosa—. Se me olvidó decirlo. Eran las dos y usted estaba comiendo.

—¿Cómo es posible que no me haya llamado?

—Como estaba comiendo...

Estaba loca aquella doncella. Ella se hubiera levantado de la misma tumba para hablar con Marcos.

Además... lo juzgó severamente, cuando no tenía motivos. La llamó a las dos, y eran las diez de la noche. ¿Qué podía hacer? ¿Llamar al sanatorio en aquel instante?

—Señorita, yo...

No quería oírla. Corrió a su cuarto y marcó un número.

Esperó con el alma en la boca.

—Diga.

—El doctor Soria...

—Se ha retirado a su pabellón, señorita, después de trabajar todo el día.

No pidió el número. ¿Para qué? No era hora aquella de llamarle...

CAPÍTULO XVII

UNO de los médicos de la ciudad, que operaba en el sanatorio de vez en cuando, se hizo muy amigo del joven doctor madrileño. Se llamaba Jaime Pimentel y era un hombre de unos cincuenta y cinco años, muy alto, con gran tipo de señor.

Aquella mañana tenía un cliente operado de apendicitis, en el sanatorio, y tras hacer la visita de costumbre, al descender hacia el vestíbulo, torció a la izquierda y se encaminó al bar del edificio.

Fue allí donde vio a Marcos. Este se hallaba sentado en un rincón, ante una pequeña mesa. Fumaba en silencio y parecía pensativo.

—¿Puedo sentarme, muchacho?

Marcos dio un respingo, pues no esperaba verle por allí en aquel momento.

—Cielos —exclamó— me ha asustado usted.

Don Jaime se sentó e hizo una seña al camarero.

—Un café, joven.

—Al instante, doctor Pimentel.

—¿Un cigarrillo, don Jaime?

—No fumo, hijo —y mirando en torno—. ¿Qué diablos haces tú aquí a las nueve de la mañana? ¿Es que hiciste guardia toda la noche?

—No tanto. Pasé varias veces por la sala de los accidentados. Ya sabrá usted lo que pasó ayer mañana. Fue un verdadero desastre.

—Me enteré, por supuesto. Estuve ayer tarde aquí. Operé al muchacho de los Díaz de Luna —sonrió—. Estos fueron siempre mis clientes. ¿Sabes lo que te digo, Marcos? Uno se pasa la vida en las pequeñas ciudades, y al cabo de los años, cuando ya no te puedes volver atrás, te pesa haberte estacionado. A mí me gustaba de modo increíble la cirugía, y me quedó en operador mediocre —suspiró. El camarero depositó la jícara de café ante él—. Gracias, muchacho.

—¿Coñac, señor?

—No me tientes, diablo. Es muy temprano.

El camarero se alejó riendo. Don Jaime dijo, mirando al joven colega.

—Me gusta una copita —mover la cabeza lentamente—. Creo que todos lo han descubierto ya en el sanatorio. También tú. ¿A qué sí?

—Le aseguro...

—No, no importa. ¿Qué puede hacer un médico en la ciudad, cuando de repente el municipio le planta delante de las narices un sanatorio así, lleno de médicos doctorados con todos los honores, en el extranjero?

—No se queje, don Jaime —rio Marcos divertido—. Todos los médicos de esta ciudad, o casi todos, se han ido fuera, pero usted se quedó y es el más veterano y querido de nuestros colegas. Opera aquí, sus clientes no le abandonan...

—De todos modos —murmuró, apurando el contenido de la jícara— yo en tu lugar, no me quedaba en esta ciudad.

—Es que no pienso hacerlo.

Don Jaime le miró alegremente.

—¿No? Pues es rarísimo. Si te casas aquí, tendrás que apechugar con la ciudad. Claro que, ahora que recuerdo. Cristina Yáñez es de las que pasa los inviernos en Madrid.

Marcos arrugó el ceño.

—¿Qué tiene que ver Cristina con mi profesión?

—Diantre... ¿cómo no va a tener? Ayer noche estuve en el círculo militar, jugando una partida con Carlos Yáñez y dos amigos de Madrid, que están invitados en su casa. Hablamos de ti y de su hija. Carlos me dijo que erais novios.

—Pero eso no implica para que yo esté decidido a dejar todo esto. No olvide que la esposa está obligada a su marido, donde el marido considere conveniente ir.

—Eso es verdad —consultó el reloj—. Tengo que dejarte, muchacho. Tú no tienes clínica particular, pero yo... —mostró el reloj—. La abro a las diez y media, y son las diez abundantes.

Se puso en pie.

—Yo no me he casado —murmuró, palmeando el hombro del joven—. Ese es el gran error de los hombres. Pensamos, cuando somos jóvenes, que la juventud es eterna. Que jamás podremos vivir mejor que célibes... —mover la cabeza pesaroso—. No es cierto, ¿sabes? Cuando llega uno a mi edad, se mira en torno a sí y no se ve más que vacío y envidia a los padres que pueden recrearse en sus hijos...

—Aún está a tiempo, don Jaime.

—¿Sí? ¿Con mi reuma y mi gota, y todos estos males ocultos que disimulo? No estoy tan loco. Si buscara mujer entre las que me gustan, y una me aceptara, tendría que pensar que se casaba conmigo por mi dinero. Porque, aunque médico provinciano, tengo algún ahorrito. Puaff, no sería capaz de cometer semejante estupidez. Adiós, muchacho —y reparando en la hora—. ¿Qué haces aquí?

—Tomo café.

—¿Cómo es que no vas a la playa? Supongo que tu novia estará ya tomando el sol. Mi clínica queda en la Avenida de Los Tilos, y todas las mañanas la veo pasar, bien a pie, bien en auto... Una chica guapa, sí señor. Has tenido mucho gusto, muchacho. Además me pareció que Carlos estaba contentísimo con las relaciones formales de su hija. Todos los padres desean que se casen sus hijas.

Marcos se echó a reír.

—Es lo lógico. Nosotros somos varios hermanos, y mi padre anda siempre que puede detrás de nosotros, con el fin de que nos casemos.

—Pero sois algo reacios, ¿no?

—Bastante.

—De todos modos, tú lo harás, pronto, seguro.

—En todo el invierno, creo yo —replicó Marcos con entera naturalidad.

—Buena chica llevas, y hermosa y sensata —ya estaba en pie—. Adiós, joven. Aunque no me case, me encanta oír a los chicos hablar de boda.

Apuró lo último que le quedaba del café, y se alejó presuroso, agitando la mano.

Marcos pagó la consumición y se puso en pie.

Fue en aquel instante cuando una enfermera le dijo que le llamaban por teléfono.

* * *

Entró en su despacho y cerró la puerta. Miró en torno. Estaba solo.

Cuando hablaba por teléfono, no le agradaba en absoluto que le molestaran. Se hundió en el sillón giratorio y encendió un cigarrillo. Después expelió una gran bocanada y aplicó el receptor al oído.

—Dígame.

—Soy yo, Marcos.

La vocecilla de Cristina tenía matices hondos, suavísimos.

—Muy bonito —gruñó él por toda respuesta—. De modo que te dejo aviso para que me llames y resulta que te olvidas.

—¡Oh, no!

—¿Cómo que no? —estaba enfadado—. Y estoy bien seguro de que te fuiste al club a bailar ayer tarde.

—Marcos.

—¿Fuiste o no fuiste?

—Fui.

—No me explico cómo te atreves a decírmelo —gritó súbitamente exasperado. Y es que le descomponía imaginarla en brazos de otro hombre.

—Marcos.

—No está bien. ¿Me oyes, Cristina? No está bien. No me agrada en absoluto.

Chillaba como un novio ofendido.

Cris, en su alcoba, pensó que todo daba vueltas y a la vez era más bello.

Marcos, ajeno a lo que ella pensaba, siguió gruñendo.

—Vosotros pensáis que los médicos son hombres corrientes, que pueden disponer de sí cuando les apetece. Pues te advierto, Cristina, que no es así. Y no me agrada en absoluto que mientras yo trabaje en el sanatorio, tú te pases la vida divirtiéndote con los amigos.

Ella estaba a punto de gritar.

«¿Por qué me hablas así? ¿Qué soy yo tuyo, al fin y al cabo?».

Pero no, no se atrevió.

—Cristina, que sea la última vez. ¿Me oyes bien? La última vez que cuando yo estoy ausente, te vayas a bailar al club.

—Pero...

—Ya estás enterada, ¿no?

—Sí, pero...

—No hay cosa que más me reviente que verte en el club con todos esos, que si bien son tus amigos, no dejan de ser hombres —y sin transición—. ¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Qué te ocurre?

—¿Ocurrirme?

—Parece que te tiembla la voz.

—No sé... que me ocurra nada.

—Pues estás rara. Apuesto a que tu sensibilidad subió de tono en este instante.

—No sé por qué...

—¿No lo sabes? Estoy enfadado, Cristina. Muy enfadado.

—No me dieron tu aviso hasta la noche. Te llamé al sanatorio y no estabas ya.

—Haberme llamado a mi pabellón.

—Si no sabía el número.

—Cristina, no me crispes. Con preguntar, lo sabrías inmediatamente.

Se comportaba como un novio ofendido, y Cris no sabía qué pensar. Si tuviera valor, le hubiera preguntado por qué se ponía así, si nada serio los unía. Pero no tenía Cristina Yáñez experiencia suficiente para enfrentarse con un hombre enfadado, del que estaba enamorada. Perdidamente enamorada.

—¿No piensas salir hoy? —preguntó él malhumorado.

—No. Pienso bañarme en la piscina dentro de media hora.

—Iré por ti a las siete. Antes me es imposible.

—Bueno.

—¿Qué te pasa, Cristina? Tienes una vocecilla que parece va a extinguirse en cualquier momento.

—No me pasa nada. Estoy en mi cuarto y nada más.

—¿Qué haces? —y la voz varonil se dulcificó.

—Estoy aquí...

Él rio.

Aquella risa íntima, un poco bronca, produjo en ella miles de encontradas sensaciones.

—No rías así.

—Siempre me dices que no ría así.

—Es que... me aturdes.

Él volvió a reír brevemente.

—Me gusta aturdirte, Cristina. Nada hay que me guste más.

—Eres...

—Dilo.

—No.

—Iré a buscarte a las siete —cortó, porque prefería no seguir escuchándola, en evitación de una turbación tan íntima como la de ella—. A las siete, recuérdalo. Y no cometas la tontería de irte sin mí.

—Te esperaré aquí.

—Hasta luego, bonita.

—Hasta... luego.

Él colgó y empezó a firmar documentos, después de permanecer pensativo, con los ojos entornados, unos segundos, como ensoñador.

En la alcoba virginal. Cris, al dar la vuelta después de colgar el receptor en el soporte, se encontró con abuela Magui.

—¡Oh, abuela...!

—Entré y...

—Sí, sí. No importa.

—¿Con quién hablabas?

—Con él...

—Ya —avanzó, apoyada en su bastón de ébano—. Estuve hablando con tu padre ayer tarde. Ya me dijo que tú y Marcos...

No. No quería engañar también a la abuela. Fue hacia ella y la asió por los dos brazos.

—Siéntate, abuela Magui.

—¿Qué pasa? ¿Estás nerviosa?

—Un... un... poco —se turbó—. Un mucho, creo. Sí, un mucho.

—¿Marcos Soria?

—No... no somos novios, abuela. Al menos, nada me dijo al respecto.

—Tu padre... —se asombró la anciana.

Cristina afirmó por dos veces, dando des bruscas cabezaditas.

—Se lo dije yo.

—Cris... ¿sin ser cierto?

—Para evitar una polémica molesta. Para que no me impidiera salir con él. Para que no juzgara a Marcos indebidamente.

—Estás loca, criatura. ¿Cómo te has atrevido? Tu padre lo dice a todo el mundo con la mayor naturalidad.

Suponte que llegue a oídos de Marcos y se espante...

—Ya lo pensé.

—¿Y no te asustas?

Cristina ocultó el rostro entre las manos.

—Mucho —contestó con un hilo de voz—. Mucho, sí, pero es que no acabo de comprenderlo. Ahora mismo está enfadadísimo porque ayer tarde fui a bailar al club. Yo... creo que un hombre a quien no le interesa una mujer, no se pone así.

—Te voy a dar un consejo, Cris. Y ya sabes que yo no suelo inmiscuirme en estas cosas de jóvenes. Cuando Marcos venga a buscarte, provoca una explicación. Dile que no estás dispuesta a seguir así. Que no piensas perder el tiempo.

—Oh, Dios, no me atrevo...

—Tienes que hacer un esfuerzo. Sacar valor de donde sea. Pero es preciso que esta situación se aclare.

Abuela Magui aún siguió hablando mucho tiempo sobre lo mismo, pero Cris ya no la escuchaba. Sabía que nunca tendría valor suficiente para provocar una cosa así, y verse quizá, por aquella privada conversación, sola, lejos de él...

CAPÍTULO XVIII

V ESTÍA un traje de chaqueta de hilo color azul marino, sin blusa debajo. Solo un hilo de perlas muy finas en torno al cuello. Peinaba el cabello lacio, formando una melena corta, algo tirada hacia atrás, despejando el óvalo exótico de su rostro, tan moreno, donde los ojos grises tenían una luminosidad intensísima.

Calzaba zapatos blancos y azules, y en la mano un bolso pequeño, totalmente blanco.

Así atravesó el jardín, donde sus padres y varios amigos, bajo un toldo, se guarecían de los últimos rayos de sol.

Saludó al pasar.

Veía a Marcos, vestido de gris claro, al otro lado de la verja, paseando ante esta de arriba a abajo, con un cigarrillo entre los labios.

Su madre la detuvo.

—¿Te vas con tu novio, querida?

Se sofocó. ¿Y si Marcos la oía?

Marcos la oyó, por supuesto, y se quedó tan tranquilo.

Oyó también la vocecilla suave de Cristina Yáñez decir.

—Sí, mamá.

—Ya sabes que a las nueve y media tienes que estar de vuelta.

—Desde luego.

—Nosotros no comeremos en casa —dijo el padre cálidamente—. Pero la abuela te esperará para comer.

—No lo olvidaré, papá.

Hizo un gesto con la mano. Saludó en general y se dirigió hacia la verja.

Marcos ya había cesado en sus paseos y la esperaba de pie, firme, sin cigarrillo ya.

Ella salió y cerró tras de sí. Al girar de nuevo, se encontró con Marcos que sonreía embobado, mirándola.

—No he traído auto —dijo por todo saludo.

—Bueno.

—Iremos a pie.

La asía del brazo.

Su primer impulso fue decirle que no lo hiciera, pero había tanta naturalidad en él, y además, seguramente, que la estaban mirando sus padres, que no se atrevió.

Marcos enroscó su brazo al de ella y a la vez buscó su mano. Apretó sus dedos y echó a andar junto a ella.

—Mira que irte a bailar ayer —reprochó.

¿Y qué? ¿Por qué no? ¿Es que ella pensaba que iba a guardar ausencia a un hombre cuyo modo de pensar y de sentir, ignoraba aún?

—Tú no estabas...

Era más alto. Tenía que inclinarse un poco para mirarla.

Lo hizo. Sus verdosos ojos se fundieron en los de ella. Los dos quedaron así, presos, sin decirse nada.

Él la oprimió contra su costado. Sin dejar de mirarla, bajísimo, preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Dónde... donde tú digas.

—¿Al cine?

—¿Con este calor?

Él pareció malhumorarse de súbito.

—Al menos podré besarte y oprimirte sin que nadie me vea —dijo fuerte—. ¿Es que no puedo hacerlo?

—No.

Era como un hilo de voz.

—¿No? ¿Y por qué no?

Era el momento de decirle: «Porque no eres mi novio, porque yo no sé a qué atenerme contigo, porque...».

No lo dijo. No tuvo valor.

Atravesaban una ancha calle. Un cinematógrafo frente a ellos, parecía esperarlos. Entraba la gente.

—¿Saco localidades?

¿Qué podía decir?

—Di, ¿las saco?

—Bueno —se encontró diciendo, sin desearlo.

Sin soltarla se acercó a la taquilla y pidió dos localidades de fondo. Seguidamente entraron juntos en el local.

El acomodador los llevó a lo largo del pasillo hasta una esquina solitaria.

—Hace calor —comentó ella bajo, sofocada.

—No te quitas la chaqueta.

—No... no...

Y con naturalidad, él preguntó riendo.

—¿Qué es? ¿No llevas nada puesto debajo?

Con un hilo de voz, susurró.

—No.

—Nadie nos verá...

—¿Qué... dices?

—Que nadie nos verá. Voy a besarte.

—No.

—¿Eres tonta? Llevo un sin fin de horas sin tocarte y besarte, y no aguanto más.

Era la ocasión de decirle: «¿Por qué has de besarme? ¿Qué somos tú y yo?».

Pero ella, como antes, como siempre, no se atrevió.

Tan solo, con tenue acento ahogado, susurró.

—No... no...

Pero él ya la estaba besando.

En plena boca, largamente, dentro de aquella densa oscuridad, ocultos por el respaldo del asiento.

Sentía que las piernas le temblaban y que los pulsos le golpeaban sin piedad. Pero sus labios seguían perdidos en la boca masculina. Y solo de vez en cuando, él decía quedamente, sin apartarse.

—No sabes besar. Se hace así... así...

No podía más. Iba a llorar.

¿Qué poder tenía aquel hombre para inmovilizarla? ¿Para ahogar sus preguntas, para encarcelarla así?

Él reía, decía cosas y la besaba. En momentos dados, sus labios se deslizaban de su boca y resbalaban e iban a detenerse en la garganta.

—Quita.

—Me gusta tenerte así...

Era una locura. Una inmoralidad. ¿Eran novios? ¿Qué eran en realidad? ¿Estaba jugando con ella?

La película finalizaba, y él tuvo que dejar de besarla.

Cuando se encendieron las luces, la vio turbada, sofocada, nerviosísima... Era deliciosa aquella criatura.

Le dijo al oído, al tiempo de salir ambos mezclados entre la gente.

—Estás roja como la grana.

—Cállate.

—Me gusta que lo estés.

—Te digo...

Ya estaban en plena calle. Eran las nueve y cuarto.

Dijo sofocada.

—Tengo el tiempo justo de llegar a casa.

Él ya lo sabía. La llevaba asida del brazo, pegada a su costado. Cuando llegaron ante la verja, intentó besarla otra vez, pero Cris se deslizó al otro lado de los barrotes, diciendo precipitadamente:

—Hasta mañana.

—Espera.

—Hasta mañana.

Y presurosa, como si tuviera miedo arrepentirse, se perdió en la oscuridad del jardín.

CAPÍTULO XIX

SE lo dijo Olga a la mañana siguiente. La vio aparecer en su alcoba, aún se hallaba en la cama.

Sin decir palabra, descaradamente, descorrió las cortinas y la alcoba se inundó de luz.

—Olga —gritó—. ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca?

Por toda respuesta, Olga se sentó en el borde de la cama.

—Una gran noticia. ¿Sabes quién ha llegado inesperadamente ayer noche? Cristina se sentó en el lecho.

—No me digas que una novia de Marcos.

Olga empezó a reír a lo loco.

—Eres tonta —gruñó cuando se hubo calmado—. Claro que no. ¿Cuándo supiste tú que Marcos tuviera novia? Todo el mundo en la ciudad, piensa que eres tú.

—Menos yo.

—Dejemos eso. Quien ha llegado ha sido el señor Soria. El padre de Marcos, concretamente.

—¡Oh!

—Llegó ayer noche en el exprés. Su hijo no lo esperaba. Pero resulta que él preguntó por el sanatorio y por Marcos, concretamente. Mi hermano Andrés está allí, y fue él el que me lo dijo.

—¿Qué debo hacer?

Y andaba por la habitación como una desquiciada.

—¿Tú? ¿Por qué tienes tú que hacer algo? Será Marcos quien lo haga, si es que considera que hay algo que hacer.

—Te equivocas. Ya te conté que papá y el señor Soria son amigos. Lo lógico es que el padre de Marcos venga a visitarlo. Imagínate mi vergüenza cuando papá le diga que su hijo y yo somos novios, y...

—Bueno, adelántate.

—¿Cómo? ¿A qué?

—A Marcos.

—Estás loca.

—¿Por qué? Cada uno tiene derecho a saber a qué atenerse a las cosas que le interesan. Tú estás jugando aquí un papel falso. Hazme el favor de vestirme, de ponerte bien guapa, y cuando Marcos te llame por teléfono, que te llamará, aborda el asunto. Dile que no estás para seguir perdiendo el tiempo. Dile incluso que no tienes por qué conocer a su padre, puesto que no te liga a él, su hijo, ningún lazo sentimental.

—Pero me liga —gritó Cris desesperadamente—. Claro que me liga.

Olga la escrutó con los ojos.

—Sigue besándote —dijo censora, sin preguntar.

Cris estaba al cabo de sus fuerzas.

—¿No te besa a ti Samuel?

—Hija —se escandalizó Olga—. Claro que sí. Sería el colmo que no lo hiciera. Pero no olvides que nos vamos a casar para el año que viene, y que nuestras relaciones son casi tan viejas como nosotros mismos.

Cris ocultó el rostro entre las manos. Daba un poco de pena verla así, tan abatida y tan menguada dentro de aquella sensibilidad a flor de piel.

Sin apartar las manos del rostro, gimió:

—Es que no puedo impedirlo, ¿me entiendes? —y alzó el rostro bañado en lágrimas—. No puedo.

—Tienes que sacar fuerzas de donde sea.

—¿Y de dónde?

—De tu voluntad.

—Mi voluntad junto a Marcos es una cosa insignificante.

—Estás perdida. Pero piensa en esto y sacarás fuerzas de flaqueza, aunque sea del fondo de los talones. Imagínate que su padre viene a visitar al tuyo. Imagínate asimismo que el tuyo le habla de lo contento que está con vuestras relaciones. Suponte la cara de asombro del señor Soria, y lo que dirá. «Es la primera noticia que tengo, amigo Carlos». Tu padre se espantará, gritará y echará fuera a su amigo.

—Papá es lo bastante diplomático para evitar ese espectáculo.

—Vamos a descartar que reaccione así. Pero... ¿qué crees que te dirá a ti?

—Eso sí.

—Actúa pronto.

Una doncella dijo desde el pasillo en aquel instante.

—Señorita, la llaman por teléfono. Le pasé la comunicación.

Como un autómatas, Cris se sentó junto al aparato telefónico y asió el auricular, acercándolo al oído con mano temblorosa.

—Dígame.

—Hola, cariño.

Olga, que estaba oyendo, llevó el ojo a la frente. ¿No se comportaba Marcos Soria como un novio?

La vocecilla tenue de Cris, susurró.

—Hola.

—Díselo —gruñó Olga.

Cris tapó el auricular.

—Cállate. Hazme el favor de estar callada, o márchate.

—Me quedo —cuchicheó Olga atragantada—. Quiero saber qué tiene que decirte el mocito ese a estas horas —consultó el reloj—. Las nueve menos cuarto de la mañana.

Cris destapó el auricular.

—Dime, Marcos.

—Ha llegado mi padre.

—¿Sí?

Olga cuchicheó.

—Hipócrita.

Cris volvió a tapar el auricular.

—O te callas, o...

Destapó el auricular.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Oye, ¿estás sola?

—Sí —mintió.

—Me pareció oír...

—Es la doncella que vino a darme el recado. Sigue. Dices que llegó tu padre...

—Ayer noche. Piensa ir a visitar al tuyo, a las once. ¿Quieres hacer el favor de pasarle el recado? Papá marcha esta misma noche otra vez. Solo ha venido a visitar a tu padre.

—¿A mi padre? ¿Y por qué?

—¿No puede?

—Sí, sí, claro, pero...

—Iré con él. ¿Te importa?

—No.

—Estaremos ahí a las once en punto. Hasta luego, cariño.

Y colgó.

Cris apenas si tuvo fuerzas para colocar el receptor en el soporte.

—Ya has oído, ¿no?

Olga exclamó regocijada.

—Claro que lo oí. ¿Sabes lo que pienso? Que viene a pedir tu mano.

—Estás loca. ¿Cómo va a venir a pedir mi mano, si Marcos jamás me dijo que me amaba?

—Es que los hombres de hoy, son muy particulares. Vístete. Tienes que decirle a tu padre que a las once le visitará el señor Soria. Ponte muy bonita —se dirigió al armario—. Este vestido amarillo te sienta a las mil maravillas. Estás muy morena y tu piel tostada resalta.

—Olga...

—¿Qué pasa?

—Estoy nerviosísima.

—Se te pasará, ya verás. No tienes más remedio que hacer frente a la situación. De lo contrario eres mujer perdida. Anda, ponte muy bonita.

Y empujada por Olga, Cris se perdió en el baño como un autómatas, llevando del brazo el modelo amarillo...

* * *

—Estupendo —exclamó su padre al oírlo—. Es claro, vendrá a pedir tu mano. ¿No es eso?

Abrió los labios. Iba a decir la verdad, pero no se atrevió.

—¿No te ha dicho nada Marcos?

—No —susurró con un hilo de voz.

La abuela Magui, que estaba presente, frunció el ceño. Aquella chiquilla estaba sufriendo mucho. Había que consolarla. No podía hacerlo allí. Sus padres creían que todo era fácil, pero ella sabía que Cris estaba pasando una agonía.

—Es claro —admitió el padre riendo—. Estos hombres de mundo, casi nunca hacen mención de estas cosas. Las provocan y terminan cuanto antes. Me gusta esa clase de hombres.

—Papá...

—¿Ibas a decirme algo, Cris?

No. No podría decirle nada. Por eso dijo lo primero que se le ocurrió.

—Si no te importa, voy un poco al jardín...

—Puedes ir tranquilamente. ¿Qué hora es? —consultó el reloj— las diez y media. «Tuerto» siempre fue puntual. Llegará a las once en punto, como si lo

viera, y su hijo le acompañará. En estos casos siempre acompañan los hijos. Ve, querida, ve. No te quedes ahí parada. No pareces feliz.

—Lo... lo soy.

Doña Leonor le asió la mano cuando la muchacha pasaba junto a ella.

—Cris —susurró enternecida—. Estás triste. Debieras estar contenta y sonreír feliz. Cuando pidieron mi mano, yo andaba como loca por la casa.

—Sí, mamá.

—Pero tú estás... muy rara.

—Es la emoción... —apuntó abuela Magui, como siempre, echándole un cable.

Cris la miró agradecida.

—Iré al jardín —dijo—. Les esperaré allí.

Salió.

Al rato, mientras los padres charlaban entusiasmadamente de aquella boda que les interesaba, por lo que Marcos Soria tenía de sensato, trabajador y formal, la abuela Magui se deslizó tras la nieta. La alcanzó en la terraza.

—Cris...

La joven no podía más.

Retrocedió y se abrazó nerviosamente a la anciana dama.

—Estoy deshecha, abuelita. ¿Qué hago? ¿Dónde me meto?

—Quizá ellos no estén equivocados.

—¿Cómo no van a estarlo? Marcos jamás me habló de amor.

Abuela Magui habló con brevedad, de una forma rara y concisa.

—Pero te besa.

—Abuela...

—Cuando un hombre formal besa a una muchacha formal, será por algo, ¿no? Quizá él no entiende de declaraciones de amor. Tendrás que quedarte con él por el jardín. Cris, y decirle la verdad. Lo que esperan tus padres de esta visita y lo que tú piensas de él.

—No... no voy a atreverme.

—Tienes que atreverte, o de lo contrario, darás un disgusto morrocotudo a tus padres.

—Es que...

—Te lo ruego.

Y tras besarla, se alejó apoyada en su bastón.

Ella anduvo por el jardín como un alma en pena. ¿Qué podía hacer? ¿Atreverse a abordar un tema tan delicado? ¿Decirle a Marcos que no podían

verse más? Iba a costarle la vida. Ella no podía pasar sin ver a Marcos. ¡No, no podía!

Nunca supo los minutos que transcurrieron. Vio, sí, el auto de Marcos frenar ante la casa y descender padre e hijo.

Como un autómatas fue hacia ellos. El jardinero abrió la verja en aquel instante. Marcos avanzó sonriente, y al llegar junto a ella, le pasó un brazo por los hombros con toda familiaridad.

—Mírala, papá.

—Eres guapa. Cris. Creo que te conozco de toda la vida. Tanto me ha hablado Marcos de ti.

—¿Cómo está usted, señor?

—Muy bien, gracias.

Ella se apresuró a decir.

—Papá le espera en el salón.

—Magnífico. Tengo muchos deseos de verle —y con ternura otra vez—. He venido inopinadamente, porque pasado mañana me marcho al extranjero. Marcos me tenía pedido que viniera cuanto antes, y prefiero hacerlo ahora que a mi regreso.

Carlos Yáñez ya aparecía en la terraza.

Los dos amigos fueron uno hacia el otro y se fundieron en un abrazo.

Cris dijo, mirando apenas a Marcos.

—Tengo... tengo que hablarte...

CAPÍTULO XX

Los padres ya se perdían en el interior del salón, y Cris aún seguía allí, junto a un Marcos que la miraba embobado.

—¿Qué quieres decirme, cariño?

—Pues... pues...

—Ven, demos un paseo. Ellos tienen mucho que decirse. Después iremos nosotros.

—Es que no quiero que vayas tú, Marcos.

Él se quedó parado, casi oculto entre los macizos.

—¿Cómo? ¿Y por qué no?

—Es que... es que...

Costaba un esfuerzo enorme. Evocó a su abuela, a Olga, y todo lo que ella pensó desde que supo el arribo de don Marcos Soria.

—Es qué. Cris. ¿Qué es lo que vas a decirme?

—Tenemos que... que... —apretó los labios, destruyó las hojas del macizo—. Es que... tenemos que dejar de vernos.

Ya estaba dicho. Respiró con amplitud.

Marcos la miró asombradísimo.

—¿Dejar de vernos tú y yo? ¿Por qué, querida?

—Porque esto nuestro es... es... un juego peligroso. Yo no puedo seguir así, ¿sabes? Tú sabes además... sabes... Bueno, ¿para qué voy a negarlo? ¿Podría? ¿Me lo creerías tú, aunque lo hiciera?

—No te comprendo.

—Quiero decir que... tú sabes que te amo.

—Claro que lo sé.

—Pero yo no estoy dispuesta a seguir así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Siendo un juguete para ti.

Marcos le asió las manos y tiró de ella. La pegó a su cuerpo. Le levantó la barbilla con el dedo. Cris tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Cristina... ¿qué te pasa? ¿Qué estás diciendo? No te comprendo. Trato de comprenderte y no soy capaz. Después de casi un año de relaciones, me sales diciendo con que no podemos seguir viéndonos.

Ella parpadeó. Le temblaban los labios.

—¿Un año... de relaciones?

—¿No es así?

—Pero es que tú nunca me has dicho que tú y yo...

—¿Tú y yo, qué?

—Oh, Marcos, comprende. Me besas, me tocas, me inquietas..., pero..., ¿por qué? ¿Solo porque soy mujer y te gusto?

Él se asombró muchísimo.

—¿Me sales ahora con esas, Cristina? No te comprendo. ¿Qué somos tú y yo? Di, ¿qué somos?

—Eso te pregunto.

—¡Cielos! ¿A estas alturas me preguntas seriamente qué somos? Mi padre viene a pedir tu mano, Cristina. ¿No te lo dije?

—¡¡Nooo!!

Y el monosílabo parecía un alarido.

—¿No te lo dije? ¿Estás segura?

Ella estaba como loca. No sabía lo que le pasaba.

Excitadísima, gritó:

—Nunca me has dicho nada, ¿me entiendes? Nada de nada.

—Chiquilla, pero es que yo pensé que tuviera que decírtelo. ¿Crees tú que yo puedo besar e inquietar a una chica de tu edad, solo por deporte? Hay miles de mujeres por el mundo que sirven para eso. Tú no. Pero, Cris. ¿Estás llorando?

Claro que lloraba. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Lloraba tan desconsoladamente, con hipos tan entrecortados, que él la apretó contra sí y empezó a beber sus lágrimas.

—Tonta... Tonta... —susurraba dentro de sus labios—. Tonta, mas que tonta. Yo... yo siempre te consideraré mi novia. ¿No te lo dije?

—No —gimió ella—. No, no me lo has dicho.

—Perdona, mi cielo. Te lo estaré diciendo el resto de mi vida, y aún cuando seas mi esposa, que será pronto, te seguiré hablando de mi noviazgo contigo.

Ella no podía más. Alzó los brazos, le cruzó el cuello con ellos. Marcos la besó en la boca largamente, hasta desfallecer.

—Tonta —decía entre besos—. Tonta...

Y luego, asiéndola de la mano, la llevó hasta el salón.

—Me da vergüenza —dijo ella susurrante.

Marcos la apretó contra sí. Llegó con ella al salón, cuando su padre decía:

—No tienen nada que esperar. Que se casen cuanto antes. La pena es que por un año o dos, Marcos tiene que quedar aquí, en este sanatorio. Luego ya lo llevaré a Madrid. Pero vosotros sois jóvenes y aún os queda mucho por vivir.

—Tan pronto se casen nos iremos de viaje —dijo doña Leonor—. Los dejaremos solos...

* * *

Ya estaban allí solos... y casados.

Se habían casado aquel día por la mañana en la ciudad, con una fiesta deslumbrante. Pero en aquel instante no había ya nada de aquel deslumbramiento, excepto ellos.

¿Horas? ¿Minutos, en aquel hotel, en la intimidad de aquella cámara?

Ella decía quedamente, ruborizada, asombrada de tantas cosas como ya sabía.

—Me aturdes.

—Me gusta aturdirte.

—Como antes.

—¿Cuándo te besaba sin decirte que te quería?

—Te... te voy a guardar rencor.

—¿Puedes?

¿Podía? No. Era suya. Ya lo era. No había nada que pudiera separarles. Tenía una alianza de brillantes en el dedo. Y sabía muchas cosas de los hombres, cosas recién aprendidas, que la enervaban. Marcos se reía de su ignorancia, pero le agradaba. Era lo que más le enloquecía de ella. Aquella suavidad, aquella ingenuidad, aquella forma de pedirle besos, de perder sus labios en su boca... de estremecerse bajo su cuerpo, de sentirla menudita, sensible, junto a sí.

—Me besas tanto —susurró ella con un hilo de voz.

—¿No quieres?

Quería. Y era ella entonces, quien, perdiendo un poco su compostura de niña distinguida, la que iba hacia él y le rodeaba el cuerpo con sus brazos y sentía en su ser las caricias sofocadas.

Horas y horas así. Como si la noche no tuviera fin.

¿Lo tenía? Ellos no deseaban que lo tuviera.

Después, muchas horas después, ella decía quedamente, con tembloroso acento.

—Me aturdes tanto.

—Y tú me enervas. Como jamás lo logró otra mujer.

Estaban casados. Nadie podría impedirlo ya.

Ella, mientras contemplaba distraída las luces de la lámpara, sintiendo a Marcos junto a sí, sus caricias, sus besos, pensó en Olga, en su abuela, en aquel atragantón del principio y de después.

—Me hiciste mucho rabiar —decía.

—¿Sí?

—No te burles de mí.

—¿Me burlo?

Se burlaba. Pero era una burla maravillosa. Entonces ella se apretaba contra él, y temblorosa le decía al oído.

—Te burlas, sí, de mi ignorancia.

—Me gusta tu ignorancia.

—Pero aprenderé.

Él reía. Con aquella risa suya que encendía a una.

—Ya estás aprendiendo. Ya sabes mucho.

—Porque tú me enseñas.

—Me gusta enseñarte.

Otra vez... Una noche cortísima, o al menos a ellos les pareció tan breve, que quisieran poder hacerla eterna.

Él se lo dijo. Y ella, con esa audacia de la mujer que ama, que pierde por un instante su timidez, le besó en plena boca, apasionadamente, y allí, sin separarse, pegada a él, susurró:

—La haremos los dos. Todas... todas las noches de nuestra vida, sin barrera para el amor, como... como hemos tenido hasta ahora.

—Mira la niña tímida.

—A tu lado... ya no puedo serlo.

Él quería que lo fuera. Le enajenaba como era...

F I N



MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el Libro Guinness de Réconds 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus

novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.



se

Barreras
para el
amor

Corín
Tellado

Lectulandia